9139

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LA PUENTE Y EL VADO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

A. SÁNCHEZ PÉREZ

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1892

LA PUENTE Y EL VADO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA PUENTE Y EL VADO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

A. SÁNCHEZ PÉREZ

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL de Madrid la noche del 6 de Febrero de 1892

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

Al Sr. D. Donato Jiménez

Queridísimo y buen amigo mío: Sé perfeetamente que la excesiva benevolencia y el aplauso extraordinario otorgados por el público á esta obrilla,—benevolencia y aplauso que sobrepujaron en mucho á mis esperanzas,—á la acertada dirección de usted y á la interpretación esmeradísima de cuantos en ella tomaron parte, fueron debidos, no á méritos de la comedieja, que ninguno tiene.

Permita usted, pues, amigo mío, que en prueba de agradecimiento, le dedique *este pobre trabajo, al cual dió usted vida, y otórgueme la merced de manifestar, en nombre mío, á sus dignos compañeros lo mucho y muy de veras que les agradezco el cariño singular que pusieron en el desempeño de sus insignificantes papeles.*

A todos y á cada uno envía desde aquí público testimonio de leal amistad y de gratitnd sincera su afectísimo

A. Sánchez Pérez.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA GERTRUDIS	SRA. GUILLÉN.
DOÑA LEONOR	ESTRADA.
CONCHA (18 años)	SRTA. CALDERÓN.
LUISA (Aya)	SRA. GONZÁLEZ.
RAMONA (Ama de huéspedes)	REVILLA.
DON SEVERIANO VILLÁ	DON DONATO JIMÉNEZ
DON JUAN VILLÁ	SR. PÉREZ.
MANUEL	RIVELLES.
FELIPE	JIMÉNEZ.
TEODORO (Criado)	PARADAS.
CABALLERO 1.º	MOLINA.
CABALLERO 2.º	VARELA.
UN CRIADO	FERNÁNDEZ.

La acción se verifica en Madrid

Los actos 1.º y 3.º en casa de D. Juan; el 2.º en la de huérpedes en que se aloja Manuel. Año 18...

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala en casa de don Juan.—Sencillez y elegancia.—A la derecha dos puertas; la primera conduce á las habitaciones de Concha; la otra al resto de la casa; á la izquierda puerta que comunica con el despacho; en segundo término un balcón.—Puerta en el foro que dá al exterior.

ESCENA PRIMERA

SEVERIANO y TEODORO

SEV. (Vestido de levita y con sombrero de copa puesto, pero llevándolos toscamente y como quien no está habituado á usarlos.) Es decir, que no hay nadie en casa.

TEOD. El señor y la señorita han salido á dar un paseo; la señora está en misa; el señorito Ricardo no sé dónde está; el niño...

SEV. (Interrumpiendo bruscamente.) Basta, no he venido á tomar informes. El caso es que no están.

TEOD. Eso. Pero si vuecencia gusta, puede esperarlos, porque no tardarán en venir.

SEV. (Secamente.) No tengo vuecencia; no lo he tenido nunca, ni falta que me ha hecho... (Cambiando de tono.) Ya comprendo que podría esperarlos, porque ellos vendrán si son de ley; pero me parece mejor aprovechar el tiempo para otra cosa. Volveré luego.

TEOD. Como vuecencia guste.

675243

SEV. ¡Dale! Yo he dicho que no tengo tratamiento. Usted me toma por otro.

TEOD. Perdone el señor, pero...

SEV. No hay que perdonar, y si lo hay perdonado está usted. Sepamos. ¿Quién se figura usted que soy yo?

TEOD. El hermano del Excelentísimo señor don Juan de Vilá, mi amo.

SEV. Ese soy, en efecto... Pues bien, mi hermano tendrá todos los vuecencias que le correspondan; yo no tengo ninguno, y por consiguiente... (Se oye redoblar un tambor de niño.—Escuchando.) ¿Qué viene á ser eso?

TEOD. Es Angelito; el hijo menor de su excelencia.

SEV. ¡Vaya si redobla!

TEOD. Habrá visto entrar al señor, y avisa...

SEV. ¡Ya! Mi sobrinito anuncia las visitas de ese modo.

TEOD. Son cosas que le enseña Luisa.

SEV. ¿Luisa?

TEOD. El aya de la señorita...

SEV. Hola... No es mal procedimiento, y tiene cierta novedad.

TEOD. Como el señor comprende... á veces... es bueno saber...

SEV. (Con ironía.) Sí; las precauciones nunca sobran. (Se dirige hacia la puerta de la derecha, como para ver al niño.)

ESCENA II

DICHOS y LUISA

LUISA ¿No ha venido por aquí Angel?

TEOD. En esa habitación está alborotando.

LUISA (Aparte a Teodoro.) ¿Quién es ese facha?

TEOD. (Aparte á Luisa.) El hermano del amo.

SEV. (Mirando por la puerta de la derecha.) Pues si es un muchacho muy guapo. (Levantando la voz.) Oye, hermoso, ven á darme un beso. ¿Cómo? ¿Que no te dá la gana? Bien, pues no vengas... (Bajando al proscenio.) Está muy bien educadito.

LUISA (Desde la puerta.) Sí, niño; dá un beso á este señor. (Bajando al proscenio.) Nada, que no quiere; ¡es lo más malo! ¡Já, já, já!

TEOD. ¡Já, já, já!

SEV. (Mirándole con enojo.) Es gracioso, ¡verdad! Pues si fuese hijo mío.. (Cambio de tono.) Hasta luego. (Se dirige á la puerta del foro.)

TEOD. ¿Debo decir que ha venido el señor?

SEV. Puede usted hacer lo que le parezca. (Vase.)

ESCENA III

TEODORO y LUISA

TEOD. (Siguiendo á don Severiano hasta el foro.) Perdone el señor, pero... Pues ya va echando demonios por esas escaleras abajo. (Volviendo al proscenio.) Mal humor gasta el convidado.

LUISA ¿Y ese... cara de vinagre, es el hermano de?..

TEOD. El mismo.

LUISA ¿Pero y el equipaje?

TEOD. En la fonda estará.

LUISA ¿En la fonda? ¿Vá á vivir en la fonda el hermano de los señores?

TEOD. Así parece. (En tono confidencial.) Ayer, mientras servíamos el almuerzo á los señores, oí —casualmente por supuesto,—ya sabe usted que á mí no me gusta escuchar...

LUISA ¡Bah! ¿Y qué oyó usted?

TEOD. Que el hermano del señor había escrito anunciando su visita; pero negándose á parar aquí.

TUISA ¿Pues, y eso?

LEOD. Porque dice él que cada uno en su casa y Dios en la de todos.

LUISA ¡Bah!

TEOD. ¡Debe de ser un señor más raro! (En tono confidencial.) Y me parece que se ha puesto muy pocas levitas en su vida. (Óyese un gran estrépito.)

LUISA ¡Virgen del Carmen! ¿Qué habrá hecho Angelito? ¿Qué ha sido eso? (Se va corriendo por la derecha.)

ESCENA IV

TEODORO solo, mirando por la puerta.

¡Poca cosa! No se ha hecho más que mil pedazos... ¡Un jugete que había costado tanto dinero! Mire usted que es capricho gastar miles de reales en esas figurillas tan feas y que á lo mejor se rompen.

ESCENA V

TEODORO, DON JUAN y CONCHA.

JUAN (Demostrando impaciencia.) ¿Se ha recibido algún recado?

TEOD. Ninguno, señor.

JUAN (Aparte.) Es muy extraño. (Alto.) ¿Conque ningún recado? ¿No ha venido nadie?

TEOD. Perdone V. E.; hace unos minutos ha venido...

JUAN (Impaciente.) ¿Quién?

TEOD. El hermano de V. E.

JUAN ¡Y no me lo dices!

CON. ¿Dónde está? (A don Juan.) Vamos...

TEOD. Es que no está.

JUAN Pero...

TEOD. No ha querido esperarse. Me dijo que volvería pronto.

JUAN Ea... No malgastar el tiempo: tú, niña, á mudarte de traje; yo voy á echar una ojeada á mi correspondencia. Adiós, Concha. (Aparte.) Empieza á preocuparme el silencio del Presidente. (Se queda pensativo.)

CON. (Acercándose á su padre y dándole un golpecito cariñoso en el hombro.) Hasta luego, papá.

JUAN (Como sobresaltado.) ¿Eh? (Viendo á Concha.) ¡Ah! hasta luego, hija mía. (Vase.)

ESCENA VI

CONCHA y TEODORO

(Concha se dirige hacia la primera puerta de la derecha, pero volviendo la vista hacia su papá; cuando ve que don Juan ha desaparecido, Concha retrocede rápidamente y se dirige á Teodoro, el cual debe encaminarse al foro, en donde se detiene cuando Concha le llama.)

CON. Teodoro.

TEOD. Señorita.

CON. Mi tío... (Vacilando.) Mi tío, ¿venía solo?

TEOD. Sí, señorita.

CON. (Como hablando consigo misma.) ¡Solo!

TEOD. Completamente sólo.

CON. Bueno, puede usted retirarse.

TEOD. Perdone la señorita, pero... (Movimiento de impaciencia de Concha.) Ya me retiro. (Vase.)

ESCENA VII

CONCHA y MANUEL

(Cuando Concha va á entrar por la primera puerta de la derecha, aparece Manuel por el foro izquierda.)

MAN. (Desde el foro.) Concha.

CON. (Dirigiéndose á Manuel rápidamente.) Manuel. (Retirando la mano que Manuel ha cogido y besa repetidas veces.) ¿Estás loco? Podía entrar cualquiera... (Cambio de tono.) ¿Has visto á tu padre? ¿Le has hablado?

MAN. Sí, hermosa mía; le he visto, hemos hablado... Hoy vendrá—pensé encontrarlo—á pedir la mano de la señorita Concha para su primo el catedrático...

CON. (Con mucho gozo.) ¿Catedrático?.. ¿Ya eres catedrático?

MAN. Supernumerario nada más.

CON. Da lo mismo.

MAN. No, Concha, no; no da lo mismo. Pero, en

fin, por algo se empieza; ya he dado el primer paso, que, según cuentan, es el más difícil.

CON. (Dándole la mano.) Pues recibe mi enhorabuena.

MAN. (Besándola la mano.) La recibo y la agradezco.

CON. (Retirando la mano.) Estate quieto. (Transición.) ¿Con que es decir que tu padre no se opone á nuestro matrimonio?

MAN. ¡Oponerse! Todo lo contrario. ¡Es muy bueno! Te he dicho siempre que por esa parte no habíamos de encontrar obstáculos. Las dificultades, si las hay, vendrán de otra parte.

CON. ¿De dónde?

MAN. (Pensativo.) De tu familia.

CON. Pero... ¿por qué has de creer eso?

MAN. ¿Por qué lo creo?.. No puedo explicártelo; yo mismo no acierto á darme cuenta de lo que motiva mis temores. Me parece que tus padres no me juzgan digno de tí... En eso no les falta razón. ¡Pero te quiero tan de veras!

CON. (Con cariño.) ¡Tonto!

MAN. Además...

CON. ¿Qué? (Con interés.)

MAN. Cuando he suplicado á mi padre que hablase á los tuyos...

CON. (Con ansiedad.) ¿Qué?

MAN. Se quedó al pronto como pensativo y triste... Después...

CON. (Cada vez con más ansiedad.) ¿Después?

MAN. Le pregunté si desaprobaba mi elección.

CON. ¿Y él?

MAN. El me respondió procurando sonreirse; no, no, al contrario, me parece perfectamente, y por mí podéis casaros cuando os acomode; pero...

CON. ¿Pero, qué?

MAR. Precisamente eso mismo le pregunté yo: ¿pero, qué?

CON. ¿Y entonces?

MAN. Mi padre siguió diciendo: «pero no sé si los padres de la novia pensarán lo mismo.»

CON. ¿Pues, por qué no?

MAN. No me dijo más; pero esas palabras me hacen temer... (Cambio de frase.) Mi padre no forma juicios precipitados, ni habla por hablar; si ha manifestado esas dudas, es porque las tiene, y si las tiene ¡oh! si las tiene... son fundadas. (Un rato de pausa.)

CON. No, no creo, no quiero creer que mis padres...

MAN. Pero, si esos temores se confirmasen, ¿tendrías valor para...?

CON. Sí que lo tendría... Vaya, ¡pues no había de tenerlo!

MAN. (Con energía.) ¿Para todo?

CON. (Vacilando.) Sí... sí; para to... (Cambiando de tono.) Pero, si eso no puede suceder. Mira, mis papás me quieren muchísimo, muchísimo... tanto como yo á ellos, y cuando yo les diga... (Transición.) aunque no sé si me atreveré á decírselo; pero, vamos, cuando ellos sepan que yo .. que tú... que nos queremos, no se negarán...

MAN. Deseo creerte, Concha, lo deseo, pero... ¿y si pretendiesen casarte con otro?

CON. No, ¡oh! eso no.

MAN. ¿Los desobedecerías?

CON. Sí. (Suena ruido de un carruaje.) Me parece que mamá llega. (Mirando por los cristales del balcón.) Ella es, y viene con Leonor, una amiga suya muy burlona, á quien no puedo soportar. No quiero que nos vea juntos; adiós.

MAN. (Suplicante.) Pero, Concha, si sucediese que...

CON. No pienses en eso, te lo suplico.

MAN. Sí, sí, pensemos en eso más que en lo otro. Contra la felicidad no es preciso tomar precauciones; contra la desgracia, sí. Necesitamos hablar hoy. (En voz baja y con misterio.) ¿Irás esta tarde?

CON. (Con vacilación.) Es que... mira, Manuel, á mí me parece que eso no está bien hecho; ya lo sabes.

MAN. ¿Pero si tus padres se oponen?

CON. Lo sabré hoy mismo, y entonces... ya están aquí; hasta luego. (Vase corriendo.)

ESCENA VIII

MANUEL, DOÑA GERTRUDIS y DOÑA LEONOR

MAN. (Que ha estado mirando hacia la puerta por donde salió Concha) Adiós. (Vuelve hacia el foro cuando entran las señoras. A doña Gertrudis.) Querida tía. (A doña Leonor, saludando.) Señora.

GERT. Buenos días, Manuel. ¿Has visto ya á tu padre? ¿Está bueno?

MAN. Lo he visto; está perfectamente. De mí se separó para venir á saludar á ustedes.

GERT. (Presentándolo) Mi sobrino Manuel; médico hace cuatro meses y quizá catedrático...

MAN. (Inclinándose y sonriendo.) Hace cuatro horas.

GERT. ¿De modo que te dieron la plaza?

MAN. Sí, tía.

GERT. Recibe mi enhorabuena.

LEO. Y la mía también.

MAN. Mil gracias, tía. (Abrazándola.) Señora, gracias. (Inclinándose profundamente.) Y si ustedes me lo permiten, voy á recoger mi nombramiento.

GERT. Sí, sí, vé pronto y vuelve cuanto antes. Ya sabes que hoy almorzáis con nosotros tu padre y tú; trácte la credencial y se la das á don Severiano á los postres.

MAN. Lo haré así. Hasta luego, tía. (Saludando á doña Leonor.) Señora... (Vase.)

ESCENA IX

DOÑA GERTRUDIS, DOÑA LEONOR

LEO. Parece dispuesto ese chico.

GERT. Sí, ha sido muy buen estudiante, y será, de seguro, excelente médico. Le falta un poco de ese trato social que no se adquiere en las cátedras del colegio, ni en las salas de los hospitales. (Se sientan.)

LEO. Por lo que he oído, tiene usted alojado.

GERT. ¿Alojado? No, hija, no; convidado, única-

mente. El padre de Manuel es hermano de mi marido; almuerza hoy con nosotros, pero nada más. El para en una fonda; aún no sé en cuál, porque ni quiso escribirnos cuál sería, ni cuándo llegaba. Es algo extravagante; pero, por lo que dice mi marído, no es mala persona.

LEO. ¿Usted no le conece? (Manifestando extrañeza.)

GERT. Ni de vista.

LEO. Es extraño.

GERT. ¡Phs! En realidad no lo es, aunque lo parece. Severiano ha residido siempre en Cataluña; nosotros (Sonriéndose.), como diplomáticos, vamos de aquí para allí. Casi veinte años hemos estado en América; dos llevamos de permanencia en Madrid—pura casualidad,—y me parece milagro. (Sonriéndose.) Los soldados y los embajadores son como el Judío Errante: no pueden estar quietos en ningún sitio.

LEO. (Con intención.) Pero ahora ya fijan ustedes aquí su residencia.

GERT. ¿Sí?

LEO. ¡Picarilla! No se haga usted la reservada conmigo. Se sabe todo.

GERT. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es lo que se sabe?

LEO. Que el excelentísimo señor don Juan de Vilá, esposo de mi buenísima y muy querida amiga Gertrudis, será mañana, acaso hoy mismo, ministro de Estado.

GERT. ¡Já, já, já! ¿De veras? Pues yo no sabía ni una palabra. Puede usted creérmelo. Pero, hija, ¿quién le ha dado á usted esa noticia?

LEO. (Riéndose.) Nadie; todo Madrid lo dice. Ayer mismo, en casa de Portezuela, por cierto que la echamos á usted mucho de menos.

GERT. Me comprometió Petra para que la acompañase á la Jai-Alai.

LEO. ¡Phs! Estuvo como siempre (Sonriéndose.), un poquito cursi, pero se pasó el rato. Tuvimos casi toda la tarde á Mariquita, ya sabe usted, la de Palá... Si usted hubiera estado allí, se habría divertido.

GERT. Desde luego lo habría pasado mejor que

viendo saques, oyendo palabras que no entiendo, y, además, temblando siempre por si me dejaban tuerta de un pelotazo los rojos ó los azules, que para el caso habría sido lo mismo. (Cambio de tono.) ¿Y fué Mariquita la que contó?..

LEO. Precisamente. Y las noticias de Mariquita Palá son de buen origen.

GERT. ¿Sí?

LEO. Como que proceden del Presidente del Consejo, que, según dicen por ahí, no oculta nada á la de Palá... sobre sus proyectos.

GERT. ¡Ya! (Rato breve de pausa.)

LEO. (Cambiando de tono.) Que no vaya usted á negarme ahora la protección que me ha prometido para mi hijo Felipe.

GERT. ¿Qué he de negar?... Uno de estos días hablaré á Concha.

LEO. No lo descuide usted.

GERT. Esté usted tranquila, Leonor; Concha no piensa todavía en novios. Yo la hablo poco, mis ocupaciones no me permiten... pero su aya no la abandona ni un momento. Por ella sé que mi hija es inocentona. Por eso no me he atrevido á hablarla de boda. Estoy segura que se asustaría.

LEO. ¡Bah! No tenga usted miedo; por muy inocentona que sea, no hay muchacha que se asuste de esas cosas. (Levantándose.) Adiós, Gertrudis; mil enhorabuenas anticipadas y y que no olvide usted á Felipe.

GERT. A propósito, ¿por qué no me lo manda usted para que almuerce con nosotros? Es una solemnidad de familia y Felipe no estará de sobra.

LEO. Me parece excelente idea; lo mandaré.

GERT. Que no se retrase.

LEO. Vendrá en seguida.

GERT. (Acompañando á Leonor hasta la puerta del foro, después de tocar el timbre.) Recuerdos á mariquita Palá.

LEO. (Riéndose.) No los olvidaré. Adiós. (Vase.)

ESCENA X

DOÑA GERTRUDÍS y CONCHA.

GERT. (Al foro.) Adiós. (Baja al proscenio riéndose.)

CON. Mamá, buenos días.

GERT. Buenos días, Concha. (Besándola en la frente.)

CON. Veo que estás muy contenta y me alegro.

GERT. Sí, esa señora, Leonor, ya la conoces, la madre de Felipe... (Mirándola con fijeza.) ¿Sabes quién digo?

CON. (Con indiferencia.) Sí, mamá, sí.

GERT. (Lo que yo presumía; ni ha reparado en él siquiera.) Pues esa; tiene un trato tan fino y una conversación tan agradable. (Cambio de tono.) Pero tú también pareces animada y contenta, ¡qué colores en las mejillas! ¡Qué brillo en los ojos! ¿Sabes que estás muy hermosa, niña?

CON. ¡Mamá! (Como ruborosa.)

GERT. (Probemos.) Será preciso que vayamos pensando en casarte. (Sonriendo.)

CON. (Alarmada.) ¡Dios mío!

GERT. (Ya sabía yo que se asustaba.) No vayas á pensar que se trata de casarte en seguida; no, Concha, no; eres demasiado joven aún para... (Transición brusca.) Vamos á ver: ¿qué piensas de Felipe?

CON. (Aturdida.) Pero, mamá, si Felipe... yo... (¡Qué contrariedad!)

GERT. (Impaciente.) Vamos, niña, que lo que estoy diciéndote, no es para que te alarmes tanto. Todas hemos sido muchachas y todas nos hemos casado; hemos dejado á nuestros padres para seguir á nuestro marido y ninguna se ha muerto por eso.

CON. (¡Dios mío!) No, mamá, no quiero ser hipócrita, ni sabría serlo: no me asusto de lo que me dices, lo que me desconsuela es que hables de Felipe Rey.

GERT. Un excelente partido.

CON. Sí, lo será... para otra. Yo no le quiero; no puedo quererle.

GERT. ¿Que no puedes quererle? ¿Por qué?

CON. (Con viveza.) Porque quiero á otro.

GERT. (Como asombrada.) ¿Tú? ¡Tú! ¡Quieres á un hombre y yo no sé nada! Pero, Concha, ¿cómo ha sido eso? ¿Quién es ese hombre? (Y esa estúpida me decía ...) Me hace daño, Concha, sí, mucho daño, que me hayas tenido engañada tanto tiempo.

CON. Mamá, no ha sido culpa mía; si nada te he he dicho, es porque... (Se detiene vacilante.)

GERT. ¿Por qué?

CON. Porque... ¡te veo tan poco! Apenas puedo hablarte. (Con tristeza.) Algunas veces creo que no me quieres ya y que te incomodo cuando te beso.

GERT. ¡Pero, niña!

CON. Ya sé que son aprensiones mías, y ahora... ahora voy á decírtelo todo; necesito que tú lo sepas; me hacen falta tu cariño y tu apoyo. Escucha, mamá.

GERT. Dí. (Preparándose á escuchar.)

ESCENA XI

DICHAS, y UNA CRIADA

CRIADA Señora.

GERT. ¿Qué sucede?

CRIADA En las habitaciones de la señora están reunidas las damas de la junta benéfica y esperan á la señora para abrir la sesión.

GERT. (Consultando el reloj.) Es verdad, hace media hora que debía yo estar presidiéndola. (Se levanta.) ¿Lo ves, hija mía, lo ves? Si no me dejan tiempo para nada. Esto no es vivir. Ya me lo contarás en otra ocasión. (Se dirige hacia la puerta segunda de la derecha y vuelve.) Pero, díme, al menos, quién es.

CON. Manuel.

GERT. ¿Manuel? ¡Ese imbécil!

CON. (Protestando.) ¡Mamá!

GERT. Felipe me gusta mucho más. (Pues, señor, esa aya es tonta del todo; ¡para que á mí se me hubiese escapado!) Hasta luego. (Vase.)

ESCENA XII

CONCHA, poco después DON SEVERIANO y TEODORO. CONCHA queda como pensativa y se sienta

TEOD. Si el señor quiere esperar un momento, voy á pasar recado. (Vase.)

SEV. Esperaré.

ESCENA XIII

CONCHA y DON SEVERIANO

CON. (Se levanta al oir á don Teodoro.) ¿Qué es eso?... ¡ah! Caballero...

SEV. (A Concha,) Señorita... pensé encontrar aquí á Manuel...

CON. Es usted su padre, ¿verdad?

SEV. Sí, señorita; y usted es...

CON. Yo... yo soy la sobrina de usted. Manuel me ha dicho que tiene usted la bondad de... gracias.

SEV. Bondad, bondad... una bondad muy fácil, sobre todo, después de ver á usted... de verte. Comprendo que Manuel te quiera, eres muy linda.

CON. (Bajando los ojos.) ¡Tío!

SEV. Y él me dice que eres muy buena.

CON. El me quiere mucho.

SEV. Ya estoy en ello.

ESCENA XIV

DICHOS; DON JUAN

JUAN Severiano.

SEV. Juan. (Se abrazan estrechamente.)

JUAN (Sentándose.) ¡Cuántos años sin vernos! ¿Fumas todavía?

SEV. Un poco. (Toma la petaca que le presenta Juan.) Pues casi nada, veintitrés. Aún no te habías casado.

JUAN No; ni tú.

SEV. ¿Yo? (Un poco turbado.)

JUAN Claro, te casaste al año siguiente de separarnos.

SEV. Sí.

JUAN A los pocos meses, cuando nació Manuel, te quedaste viudo.

SEV. (Con tristeza.) Cierto. (Para un rato como distraído y da vueltas maquinalmente á la petaca.)

JUAN (Sonriendo.) ¿Te llama la atención mi petaca?

SEV. (Como si volviera en sí, responde distraidamente.) Sí, es bonita.

JUAN (En son de broma.) Pues, hijo, no puedo ofrecértela.

SEV. No; ni yo quiero... (Se la devuelve.)

JUAN La guardo como recuerdo de un buen amigo, á quien traté mucho en la República Argentina: don Manuel Espí.

SEV. ¿Don Manuel Espí? (Con interés.)

JUAN ¿Lo conociste?

SEV. (Pensativo.) Sí. (Pausa.) ¿Y qué ha sido de él?

JUAN Murió en Buenos Aires, hace ya cuatro años... sin lograr sus propósitos de rehacer una bonita fortuna que había perdido...

SEV. ¡Infeliz!

JUAN Sí; era una excelente persona. Honrado, laborioso, amigo leal... A veces parecía un poco maniático... aquella cabeza no regía bien... ¡oh! había sido muy desgraciado.

SEV. (Con tristeza.) Es verdad.

JUAN Algo me contó de su historia... y me dijo... (Cambiando de tono.) Pero ¡qué diablo! no hablemos ahora de cosas tristes. ¿Decididamente no quieres vivir con nosotros?

SEV. Ya te he dicho que no; te agradeceré que no insistas; tengo mis rarezas, como tendrás las tuyas, ¿quién no las tiene? Ya soy demasiado viejo para cambiar. Cuanto más amigos más claros; cuanto más hermanos menos juntos. Yo, en mi casa; tú, en la tuya; si yo te necesito te busco; si me necesitas me buscas tú; yo sé que te encuentro y tú sabes que me encuentras, ¿para qué más?

JUAN No quiero contrariarte; sea como quieras. ¿Pero hoy almorzarás con nosotros?

SEV. Eso sí; claro. Como no sea...

JUAN ¡Bah! ¡bah! No principies á poner peros. (Transición.) Aquí tienes parte de la familia. Por ahí andará Angel; el Benjamín, guapo muchacho, pero muy travieso.

SEV. (Entre serio y risueño.) Y muy mal criado.

JUAN ¿Eh?... Vamos, quieres que un chiquillo de ocho años tenga tanta formalidad como tú... después conocerás á Ricardo, el *hereu*, como dicen nuestros paisanos, ahora no está en casa, pero vendrá á la hora de almorzar.

SEV. (Sonriendo irónicamente.) Es la mejor.

JUAN (Señalando á Concha.) Y aquí tienes á la perlita de la casa, mi Concha; ¿qué tienes que decirme de ella?

SEV. Que me parece muy bonita.

CON. Gracias, tío, es favor.

SEV. Precisamente para hablarte de ella, y muy en serio, he venido hoy.

JUAN ¿Para hablarme de ella?

CON. (A su padre.) ¿Me retiro?

JUAN El tío lo dirá.

SEV. Sí; me parece conveniente que se retire.

CON. Hasta luego, tío. (Aparte á don Juan.) ¡Por Dios! atiende á lo que te va á decir el tío... se trata de mi felicidad.

JUAN (Sorprendido.) ¿Cómo?

CON. (Aparte á don Juan con mimo.) De mi felicidad. Adiós. (Vase.)

ESCENA XV

DON SEVERIANO y DON JUAN

JUAN Ea, ya estamos solos. Habla pronto, que me tienes sobresaltado con tus preparativos. ¿Qué vas á decirme?

SEV. Nada que pueda alarmarte, chico. Y lo extraño es que no lo adivines; podías comprender que se trata de boda.

JUAN ¿De boda?

SEV. Sí, hombre sí; de boda; me parece que no hablo en griego. Vengo á pedirte la mano de tu hija.

JUAN ¿De Concha?

SEV. De esa; no te conozco otra.

JUAN (Pensándolo.) Ni yo tampoco. (Pausa.) Con que tú. .

SEV. Pido la mano de Concha para mi hijo.

JUAN (Con extrañeza.) ¿Para Manuel?

SEV. Justamente, para Manuel; y esa extrañeza me sorprende; hace ya más de un año que ellos se quieren; ¿y tú no lo sabes... ni lo has sospechado siquiera?

JUAN Te confieso que... (Se detiene para escuchar con atención.) Calla, me parece que llega alguien. Espera un momento. (Se levanta, va á mirar al foro, luego al balcón y después baja al proscenio.) No; no era nada, me había parecido. (Con distracción.) ¿Decías?

SEV. Digo que los chicos se quieren, y digo además que es muy extraño que no lo sepas.

JUAN (Riéndose.) ¿Yo? ¡Ay, Severiano! cuando lleves algún tiempo en la Corte comprenderás que los hombres de la clase á que yo pertenezco no tienen tiempo para pensar en niñerías.

SEV. ¿Niñerías las llamas? ¡Caracoles! El casamiento de un hijo ya vale la pena de que su padre, aun de clase *extra*, piense un poco.

JUAN Sí valdrá, no lo niego; pero hijo, la política... Aguarda. (Se levanta á escuchar como antes.) (¡Nada!) La política, la política.

SEV. Dale bola, la política; la política no puede importar más que los hijos.

JUAN Te diré.

SEV. ¿Qué vas á decir? (Viendo que Juan vuelve al balcón.) ¿Pero quieres estarte quieto y oirme? Parece que tienes hormiguillo.

JUAN (Distraído.) No, si es que... vamos dí.

SEV. Digo que si mucho interesa la política, los hijos no interesan menos.

JUAN ¿Y qué?

SEV. ¿Y qué?.. que cuando un hombre no puede atender á la una y á los otros, debe renunciar á ser político ó á ser padre.

JUAN (Riéndose.) Tiene gracia.

SEV. (Muy serio.) No la tiene, pero es verdad. Si la política te hace descuidar á los hijos, eres

mal padre; si los hijos te hacen olvidar la política, eres mal político; pues amigo, herrar ó quitar el banco: ó ser lo uno ó ser lo otro. Si ambas cosas no pueden ir juntas, escoge: al vado ó á la puente.

JUAN Escogí hace ya tiempo. Estoy decidido por la puente y el vado, porque á mis deberes de padre y á mis deberes de político puedo atender perfectamente. Pues no faltaba más.

SEV. De tus deberes de político no hablo; supongo que sí los cumplirás; pero de las atenciones de padre, créeme á mí, no te cuidas lo suficiente.

JUAN ¡Severiano!

SEV. ¿Te enojas? Pues, hijo de mi alma, me da lo mismo; digo lo que veo. De todas maneras, porque yo no te lo dijese, no dejaría de ser verdad.

JUAN ¿Pero qué es lo que ves? Acabarás por hacerme perder la paciencia.

SEV. No, chico, no; por mí no la pierdas, ¿Qué veo? Pues casi nada; que probablemente sabrás lo que sucede en América y en Cochinchina, pero que no sabes lo que ocurre en tu casa. ¿Te parece poco? Tu hija está enamorada de un muchacho y tú, ¡ah! en el limbo. Ese muchacho, por fortuna, es Manuel; pero si, en vez de ser Manuel, fuese un tronera, un perdido.. ¿Qué?

JUAN ¿Qué? Déjame de canciones ahora. Esos asuntos son incumbencia de la madre.

SEV. Corriente. Pero me parece que debemos suspender esta conferencia hasta que la madre esté presente.

JUAN (Tocando el timbre.) No te falta razón.

SEV. Ya lo creo. (A quien le falta un buen pedazo es á tí.)

ESCENA XVI

DICHOS y TEODORO

TEO. ¿Llamába V. E.?

JUAN ¿La señora está en casa?

TEO. Me parece que sí, excelentísimo señor.

JUAN Pues haz que la avisen de que necesitamos verla; que nos permita pasar á sus habitaciones, si no prefiere venir á ésta ¿Has entendido?

TEO. Sí, excelentísimo, señor. (Hace una cortesía muy profunda y se va.)

ESCENA XVII

DICHOS menos TEODORO

SEV. (Pero, señor, estas gentes no se enteran de nada.)

JUAN (¿En qué consistirá esta tardanza?) (Escuchando. (Ahora sí viene alguien)

ESCENA XVIII

DICHOS y FELIPE

FEL. (A don Juan.) Señor don Juan. (Dándole la mano.) Caballero. (A don severiano Saludándole.)

JUAN (Presentándolos.) Mi hermano; el señor don Felipe Rey y Cuadrado.

FEL. (Después de saludar á don Severiano.) Pues respetable y querido amigo, vengo á pedir á usted de almorzar.

SEV. (Con franqueza.)

JUAN Concedido; llega usted oportunamente, porque tenemos convidados. (Sonriéndose.)

FEL. Lo sé, he procedido con premeditación. Mi madre y la señora de usted lo han dispuesto; yo me he limitado á obedecer sus órdenes; aunque debo confesar que las he obedecido con mucho gusto; supe que aquí se me presentaría la honra de conocer á su señor hermano. (Saludando á don Severiano.)

SEV. (Saludando á Felipe.) (¡Hum! Nada; que me revientan estas gentes tan finas.)

FEL. (Escuchando.) (Me parece oír...)

ESCENA XIX

DICHOS y doña GERTRUDIS

GERT. (Al foro y como despidiéndose.) Eso es; hasta mañana á la misma hora. Adiós. (Baja al proscenio.) Me han dicho que necesitabas hablarme y aquí estoy. (A Felipe.) Buenos días, Felipe; supongo que su mamá le habrá dicho...

FEL. Sí, señora, y por eso...

JUAN (A doña Gertrudis.) Aquí tienes á Severiano.

GERT. ¿Es el señor?

SEV. Yo.

GERT. ¡Cuántas ganas tenía yo de conocer á usted! Empezaba á temer que no llegase nunca este día.

SEV. Pues ya ve usted cómo ha llegado; todo llega.

JUAN Pero Gertrudis y tú, Severiano, me parece que entre cuñados lo natural es tutearse.

GER. Por mi parte... pero, vamos, así, de buenas á primeras, es algo violento... como nunca nos hemos visto...

SEV. Pues por mí ya comprendes que no ha de haber dificultad. Al principio se nos hará algo cuesta arriba, pero ya nos iremos acostumbrando. A cosas más desagradables se acostumbra uno.

GER. (Mira sonriéndose á Felipe.) Ya, ya.

FEL. (Aparte, mirando á Gertrudis.) (Pero, ¿de dónde ha salido este hombre? Será preciso pulimentarlo.) (Momento de silencio.)

GER. Pues ya estoy aquí. ¿Para qué me han llamado ustedes? (Don Severiano y Juan se miran; Felipe sorprende esa mirada, y se despide con naturalidad.)

FEL. Queda sentado que se cuenta conmigo para almorzar. Adoptada esta precaución (Sonriéndose.) interesantísima, para evitar un chasco, voy, si ustedes me lo permiten, aquí, á casa de Iglesias, á recoger por mí mismo un ramo de flores que, al pasar, encargué, y

que, si los papás no se oponen, tendré el gusto de ofrecer á la señorita de la casa. Señora... don Juan... don Severiano... (Saludando a cada uno de ellos.—Vase.)

ESCENA XX

DICHOS menós FELIPE

GER. Vale un dineral ese muchacho. Está en todo, y para todo halla salida. La verdad es que he cometido una torpeza; pensé qué él sabría...

JUAN No; cuando te suplicamos que vinieses, Felipe no estaba.

ESCENA XXI

DON JUAN, DOÑA GERTRUDIS, DON SEVERIANO

(Don Juan en toda esta escena debe mostrarse como distraído, y mirar frecuentemente al balcón y al foro.)

GER. ¿Quieren ustedes explicarme lo que significa todo esto?

JUAN Vamos á ver, Gertrudis, ¿tú sabes que nuestra hija y Manuel se quieren?

GER. Sí.

SEV. Es claro.

JUAN Es claro, sí; lo que no me parece tan claro es que no me hayas dicho nada.

GER. Mal podía yo decirte lo que he sabido hace un momento.

SEV. (Asombrado.) ¿Cómo?

JUAN Pues, según Severiano afirma, ese cariño no es de ayer.

SEV. Es de hace más de un año.

GER. Hoy por primera vez hemos hablado de eso la niña y yo; pero no le he dado importancia.

JUAN Ya lo estás oyendo: ni su madre ni yo habíamos echado de ver esa inclinación de los muchachos.

GER. De todos modos, no me ha parecido serio.

JUAN Tampoco á mí; pero, hija, serio y muy serio debe de ser, porque Severiano me ha hablado de una pretensión grave.

GER. ¿Grave?.. ¿Y puede saberse?..

JUAN (Escuchando.) ¿Qué es eso?

SEV. (Secamente.) Que mi hijo quiere casarse con vuestra hija.

GERT. ¿Eh? (Poco satisfecha.)

JUAN Será preciso consultar á Concha.

GERT. Es natural.

SEV. (Seco.) No hace falta.

GERT. ¿Pues?

SEV. Conoce el paso que doy y le aprueba.

GERT. ¿Está usted seguro?

SEV. (Enojado.) ¡Señora!.. Si no lo estuviera no lo diría.

GERT. Jurara...

SEV. Pues no jure usted, porque juraría en falso. Usted, señora cuñada, no me conoce; por eso la perdono sus dudas; pero mi hermano es cosa distinta: él sabe que soy hombre formal, y que si me he decidido, contra todo mi gusto...

GERT. ¡Ah!

JUAN ¡Oh!

SEV. (Cada vez más seco.) Sí, señor; contra todo mi gusto, á dar este paso, es porque se trata de un asunto serio.

GERT. Bien. (Pausa.)

SEV. (Indiferente y grave.) Por lo que echo de ver en vuestros semblantes, la pretensión de mi hijo os disgusta; á mí tampoco me gusta mucho. (Movimiento de protesta de Juan y Gertrudis.) Así, clarito. (Cambio de tono.) Creo lo mejor para todos que no se hable más del asunto. Hemos concluído. (Se levanta y empieza á pasearse. Juan y Gertrudis hablan un momento en voz baja.)

GERT. (Aparte á Juan.) Haz lo que te parezca.

JUAN (En tono conciliador.) Eres el mismo Severiano de siempre.

SEV. Justo, y cuanto más viejo, más el mismo.

JUAN Ni Gertrudis ni yo rechazamos la pretensión

de tu hijo, á quien, él lo sabe, queremos y hemos querido siempre mucho. Si alguna dificultad encontramos, así... de pronto, para esa boda, está en los pocos años de Concha.

SEV. Pues qué, ¿tantos tiene mi hijo? Los dos son muy jóvenes, es verdad, y por eso precisamente se gustan uno á otro y quieren casarse. Esa edad en que suele haber mucho fuego en el corazón y mucho viento en la cabeza, me parece la mejor para que las gentes se casen. De matrimonios así puede prometerse la patria hijos robustos y vigorosos que la defiendan cuando sea necesario y que la honren siempre.

JUAN (Risueño.) De todo lo cual se deduce que debemos casar á Concha con Manuel. Pues los casaremos.

SEV. No haríais ningún desatino. (Pausa y cambio de tono.) Pero basta de risa; las cosas serias han de tratarse en serio. ¿Aceptáis ó rechazáis la petición de mi hijo? Quedemos en algo.

JUAN ¿Por qué habíamos de rechazarla? Si ellos quieren, si lo apruebas tú... nosotros lo acepmos, ¿verdad Gertrudis?

GERT. (Como de mala gana.) Sí.

SEV. Bueno, pues á otra cosa.

JUAN (Aparte y escuchando.) ¿Eh? (Se va al balcón, escucha y vuelve.) Nada. (Alto.) ¿Cómo dices?

SEV. Ya veo que la boda no os alegra mucho; sin duda teníais otros proyectos.

JUAN Yo...

GERT. Soy franca, no quiero ocultarte que, aunque nada formal había, pensaba yo...

SEV. No necesitas decírmelo; en ese mozalvete que acaba de salir. ¡Oh! Es más presumido que Manuel, pero vale menos. (Pausa.) En fin, como en la boda no hemos de buscar nuestro gusto sino el de los novios, no hay para qué hablar de esto. ¿Queda convenido que se casan?

JUAN En principio.

SEV. Corriente, vamos á ver si hay dificultad en el postre.

JUAN ¿Qué quiéres decir?

SEV. Si hubiéseis rechazado redondamente mi petición, de lo cual yo me habría felicitado...

GERT. (Con sorna.) Muchas gracias, hermano.

SEV. No hay de qué, hermana, y te ruego que no me interrumpas, porque pierdo el hilo y tengo que ser largo de razones. Si os hubiéseis negado á dar vuestra hija á mi Manuel, no me creería yo en la obligación de deciros algo que á vuestro sobrino se refiere y que os interesa.

GERT. ¿Qué es ello?

SEV. (Con gravedad.) Manuel es mi hijo, lleva mi apellido; pero su madre no fué mi esposa.

JUAN ¡Hombre, hombre! (Se acerca al balcón.)

GERT. Ya comprendes que esa circunstancia es demasiado grave. Bueno que nosotros renunciemos á casar á Concha con el heredero de una familia ilustre, pero que aceptemos al hijo de...

SEV. (Dando violentamente un puñetazo en la mesa.) Cuidado con lo que vás á decir, hermana; porque podrías ofender la memoria de la madre de mi hijo, y eso ¡juro á Dios! que no había yo de tolerarlo.

JUAN (Que estaba escuchando en el balcón y baja al proscenio.) Severiano, repara que estás hablando á mi esposa.

SEV. Repare ella que habla de la mía... No llegó á serlo, porque...—No necesito ni quiero explicar por qué,—pero lo habría sido tan seguro como nos hemos de morir todos... Fué una santa de quien no hablo nunca sin descubrir mi cabeza; en la que nunca pienso sin sentir lágrimas en mis ojos, y no consiento á nadie que hable de ella sin el cariño que mereció viva; sin el respeto que merece muerta.

JUAN En hora buena, pero ya comprendes que tampoco puedo tolerar ni toleraré á nadie, ni á tí, que se dirija en ese tono á...

GERT. (Riéndose.) ¡Já, já, já! Haya paz, por Dios, haya paz; no es cosa de que dos hermanos, después de no haberse visto en veinte años, vayan á reñir por cumplido de más ó de

menos. Encuentro muy natural y me parece muy respetable ese culto de Severiano á la memoria de la madre de su hijo... Pero como el mundo, con razón ó sin ella, es muy exigente en ciertos asuntos... y al fin en el mundo se vive y... tu hermano no puede llevar á mal que nos tomemos un plazo para darle contestación definitiva.

SEV. No lo llevo á mal,—¿por qué? Me parece muy justo que lo penséis despacio. (Cambio de tono.) Y para que al mismo tiempo peséis bien todas las circunstancias, quiero deciros que no puedo dar á Manuel absolutamente nada; le he dado una carrera que ha seguido con provecho, y ha terminado con gloria; nada más puedo darle.

JUAN ¿Qué dices?

GERT. ¿Hablas de veras?

SEV. Yo hablo de veras siempre.

JUAN ¿Y eres tú el que tanto quiere á su hijo? Posees una fortuna cuantiosa. (Movimiento negativo de Don Severiano.) No me lo niegues, la conozco. ¿Y no quiéres que de ella disfrute tu hijo? Severiano, nunca me habías parecido avaro, ni egoista.

SEV. ¡Egoista yo! ¡¡Yo avaro!!

GER. Confiese usted, señor don Severiano, que ha venido usted á pedirnos la mano de Concha decidido á que se la neguemos, y busca todos los pretextos que puede para llegar á ese resultado.

SEV. (Con ira.) ¡Yo! Hermana, usted no sabe lo que se dice. (A Juan, que ha vuelto á escuchar al balcón.—Pausa.) Ahora ya me parece que el plazo pedido por vosotros es innecesario: (Con ironía.) con el hijo natural podría transigirse; el yerno pobre no puede aceptarse.

GER. (Encolerizada.) Eso que usted dice es una ruindad.

SEV. Corriente; yo la digo y ustedes la hacen.

GER. Ya comprenderá usted que después de esto no podemos admitir para Concha...

ESCENA XXII

DICHOS, CONCHA

CON. (Entra precipitadumonte.) ¿Me llamabas?

GER. No, niña, no; nadie te llamaba.

JUAN (De mal humor.) No sé á qué has venido.

CON. (Aturdida.) Es que... venía... y me pareció... como estoy arreglando la mesa yo misma, quise preguntar á mamá si coloco al tío entre ella y yo ó entre vosotros.

SEV. A mí no me coloques en ninguna parte, hija mía, porque me voy en este momento.

CON. (Afligida.) Dios mío... pero...

JUAN (A Concha.) Son bromas del tío, que gasta siempre muy buen humor. (A Don Severiuno.) No demos una campanada; el que no casemos á nuestros hijos no es razón para que...

SEV. (Aparte á Juan.) Corriente. (A Concha.) Pues colócame donde tú quieras.

CON. (Cariñosa.) Entonces á mi lado. (Vase.)

ESCENA XXIII

DON SEVERIANO, DOÑA GERTRUDIS, DON JUAN, FELIPE, con un ramo de flores, MANUEL con la credencial

MAN. Padre... Buenos días, tío. (Saludando.) Aquí traigo mi nombramiento. (Lo entrega á su padre, que le dá la mano con cariño.)

FEL. Y aquí traigo el ramo de Concha. (Mostrándosele á Gertrudis, que le da las gracias con una sonrisa.)

GER. Es muy hermoso. (Tomando el nombramiento que ha pasado de mano en mano, y entregándoselo á Felipe, que lo mira con indiferencia y se lo entraga á Manuel.) ¡Dos mil pesetas de sueldo! ¡Bonita posición!

ESCENA XXIV

DICHOS, CONCHA

CON. Bueno, pues ya lo tengo arreglado todo.

FEL. (Acercándose á Concha, que habla con Manuel.) Señorita: con el beneplácito de sus papás, me permito ofrecer á usted este ramo, cuyas flores palidecerán de envidia si usted las aproxima á su rostro.

CON. (Friamente.) Gracias.

MAN. (Toma el ramo de manos de Concha, lo coloca sobre un velador, y dice á Felipe.) A esta señorita, excesivamente nerviosa, le perjudican los perfumes.

FEL. (Aparte á Manuel en voz muy baja, pero en son de reto) Quiero suponer que eso es un dictamen facultativo, que da solamente el médico.

MAN. (Aparte á Felipe) Lo da el médico y lo sostiene el hombre.

FEL. (Aparte á él) Está entendido; por ahora basta; continuaremos esta conversación.

MAN. (Aparte á Felipe) Corriente. (Se separán sin afectación.)

CON. (Aparte á Manuel) ¿Qué te decía Felipe?

MAN. (Aparte á Concha) Nada.

ESCENA XXV

DICHOS y TEODORO

TEOD. La señora está servida. (Al entrar Teodoro, don Juan, sin poder disimular su impaciencia, se aproxima al balcón, Felipe se acerca á doña Gertrudis; don Severiano está sólo, como pensativo; Manuel y Concha forman grupo aparte.)

JUAN (Bajando alarmado al proscenio.) ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

GERT. (Riéndose.) Nada malo; que está el almuerzo.

JUAN (Aparentando buen humor.) Entonces á la mesa.

GERT. (A Teodoro.) Que avisen al señorito Ricardo.

TEOD. Perdone V. E., salió con el preceptor esta mañana y todavía no ha vuelto.

JUAN ¿Qué no ha vuelto aún?

GERT. Lo habrán entretenido en alguna parte Ya sabes que esto le sucede á menudo.

SEV. (Se dedicará á la política.)

GERT. Me parece que llega ahora. (Aproximándose al foro.) No, no es él.

ESCENA XXVI

DICHOS y un CRIADO con una bandeja de plata en la mano

CRIADO Un oficio para S. E.

JUAN (Precipitadamente.) ¡A ver! (Muy agitado.) ¿Para mí? ¿De dónde?

CRIADO De la presidencia del Consejo.

JUAN (Por fin.) (Se apodera del oficio, lo abre manifestando agitación, después de abrirlo pide permiso con el ademán y despide á los criados. Teodoro y el criado se van)

ESCENA XXVII

DICHOS menos los criados. Don Juan lee con agitación manifiesta, Felipe y doña Gertrudis siguen con atención las modificaciones de su rostro, don Severiano los mira con curiosidad; estas cuatro personas forman un grupo; Manuel y Concha, otro al otro extremo de la escena

MAN. (Aparte á Concha.) Es decir, que tus padres se niegan.

CON. Sí.

FEL. (A don Juan que ha concluído de leer el oficio.) Mi enhorabuena, señor ministro.

JUAN (Muy satisfecho.) No sé; todavía no; pero...

GERT. (Riéndose.) Y la mía también. (Don Juan estrecha con efusión las manos de todos manifestándose muy contento.)

MAN. (Aparte á Concha.) Ya comprendes que necesitamos hablar. ¿Irás esta tarde?

CON. Pero... (Notando un movimiento de impaciencia de Manuel.) Iré. (Los dos grupos se confunden y se dirigen á la puerta del foro. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa un despacho lujoso de la casa de huéspedes en que vive Manuel. Muchos libros en los estantes y sobre la mesa de escritorio. Puerta al foro. A la izquierda un balcón practicable.

ESCENA PRIMERA

DON SEVERIANO solo

(Al levantarse el telón ha de aparecer don Severiano sentado en una silla próxima á la mesa, en la que tiene apoyado el codo. Don Severiano viste traje más sencillo que en el primer acto: americana y sombrero hongo. Transcurridos algunos momentos después de levantarse el telón, ha de quitarse lentamente el sombrero y colocarlo con mucho cuidado sobre la mesa. Su rostro debe expresar seria preocupación. Desde el principio del acto ha de oirse vocerío confuso como de vendedores de periódicos que pregonan algo que no se percibe distintamente) Estoy resuelto; hoy mismo enteraré á Manuel de todo... quiero hacerlo... y debo hacerlo; quién sabe si habría sido mejor decírselo antes. (Pausa.) ¿Qué diablos vocean esos malditos muchachos? (Se dirige al balcón y lo abre.)

UNA VOZ (Desde la calle.) El extraordinario al *Imparcial* con el nombramiento del nuevo ministerio.

SEV. (Cerrando el balcón.) ¡Bah! Creí que era otra cosa. Mucho ruido y pocas nueces.

OTRA VOZ (En la calle.) El extraordinario á *La Correspondencia de España* con el nombramiento del nuevo ministerio. (Los gritos, cada vez más lejanos, se van perdiendo poco á poco.)

SEV. (Paseándose.) ¡Ea! Ya se le logró á mi señor hermano lo que deseaba. (Se ríe.) ¡Já, já! Pues no es cosa lo satisfecha que estará mi cuñada, digo no, mi hermana política, Doña Getrudis, ¡la señora ministra!.. Ahora sí que no se enterará de lo que suceda en su casa!.. (Pausa.) ¡Qué gente la de este Madrid! ¡Qué vida tan extraña hacen! (Sigue paseándose silenciosamente un rato.) Cualquiera pide ahora al señor ministro la mano de su hija para un médico sin enfermos, y que tiene, por todo tener, un sueldo de dos mil pesetas y un capital de muchos millones de esperanzas. (Transición; como enojado consigo mismo.) Si yo no he debido prestarme á solicitar...; pero es claro, cuando se trata de Manuel... ¡Soy tan débil! Y el muy pícaro que lo sabe, hace de mí cuanto le acomoda... y abusa. (Cambiando de tono.) No, no abusa, ¿qué ha de abusar? Si es lo más bueno y lo más respetuoso... Alguna compensación debo al hijo por lo que hice padecer á su madre. (Pausa larga; con melancolía.) ¡Pobre Rosario!

ESCENA II

DON SEVERIANO y RAMONA

RAM. Señor. (Desde el foro, con timidez.)

SEV. ¿Qué sucede?

RAM. Pues que están ahí dos caballeros jóvenes, muy bien portados ellos, que preguntan por don Manuel.

SEV. Dígales usted que no está.

RAM. Se lo he dicho; pero me han contestado que necesitan hablarle de un asunto urgente y que esperarán.

SEV. Bueno; que esperen.
RAM. ¿De modo que les hago entrar?
SEV. Si no hay otro sitio.
RAM. Como no esperen en el recibimiento; las demás habitaciones están ocupadas.
SEV. Pues que pasen; le esperaremos juntos.
RAM. Bueno. (Vase.) (Por dentro.) Pueden ustedes pasar.

ESCENA III

SEVERIANO, CABALLEROS 1.° y 2.°

CAB. 1.° (Sin descubrirse.) Muy buenos días.
CAB. 2.° (Lo mismo.) Buenos días.
SEV. (Secamente.) Felices. (Los dos recien llegados, prescindiendo en absoluto de don Severiano, se arrellanan cómodamente en sendos sillones que habrá á la izquierda; cambian entre sí las palabras que indica el diálogo, y luego guardan silencio ó tarareau ó hacen lo que, á juicio de los actores, pueda dar relieve á la situación. Don Severiano los contempla algunos instantes, después con mucha tranquilidad se acerca á la mesa, se sienta en la silla que ocupaba al levantarse el telón, se pone el sombrero y comienza á teclear sobre el pupitre. La duración de esta pausa queda á la discreción del director de escena.)
CAB. 1.° (Al 2.°) ¿Esperamos otro ratito?
CAB. 2.° (Al 1.°) Como te parezca.
CAB. 1.° (Al 2.°) No está mal instalado el médico.
CAB 2.° (Al 1.°) No por cierto... falta algo de *confort* y sobre todo de *chic*, pero... vamos, para un médico puede pasar. (Otra pausa.)
CAB. 1.° (Al 2.°) Siento muy de veras que Felipe nos haya dado esta comisión tan poco agradable.
CAB. 2.° (Al 1.°) Si te parece, dejaremos nuestras tarjetas.
CAB. 1.° (Al 2.°) Creo que es lo más conveniente. (En voz alta y dirigiéndose á don Severiano.) Oiga usted, buen hombre.
SEV. (Sin moverse.) ¿Es á mí?
CAB. 1.° Con usted hablo.

SEV. (Sin moverse.) ¿Y qué ocurre?

CAB. 1.º ¿Tardará mucho todavía el médico?

SEV. No sé.

CAB. 1.º (Al 2.º) Qué demonio.

CAB. 2.º (Al 1.º) Es una contrariedad.

SEV. Oigan ustedes.

CAB. 1.º ¿Eh?

CAB. 2.º ¿Cómo?

SEV. Que si se cansan de esperar, pueden ustedes decirme lo que quieren.

CAB. 2.º (Al 1.º) Je, je. Qué desahogado y qué francote es este sirviente.

CAB. 1.º ¡Oh! No, lo que tenemos que decir á ese caballero es asunto reservado y solamente á él..

SEV. (Encogiéndose de hombros.) Bien; allá ustedes.

CAB. 1.º Corriente, volveremos. (Al 2.º) ¿Verdad?

CAB. 2.º (Al 1.º) Me parece lo mejor.

CAB. 1.º (Dando una tarjeta á don Severiano.) Venimos de parte de don Felipe Rey.

CAB. 2.º (Entregando su tarjeta.) Diga usted á su señorito...

SEV. (Muy tranquilamente.) A mi hijo. No soy su criado; soy su padre. (Los caballeros 1.º y 2.º se miran como asombrados y después, simultáneamente, se descubren.)

CAB. 1.º Perdone usted ¿señor don?...

SEV. (Levantándose y descubriéndose también.) Severiano, servidor de usted.

CAB. 1.º Perdone usted, señor don Severiano, habíamos creído...

SEV. (Muy tranquilo.) No hay de qué. Habían ustedes creído que yo era una cosa y soy otra... ¡bah! eso le sucede á cualquiera; porque no todos parecen lo que son; ni todos son lo que parecen.

CAB. 2.º Je, je. Es mucha verdad.

CAB. 1.º Je, je.

SEV. Ahora, si al padre pueden decirle de qué se trata, me lo dicen.

CAB. 1.º (Con aturdimiento.) Menos que á nadie.

SEV. (Sorprendido.) ¿Pues y eso?

CAB. 1.º (Al 2.º) ¡Qué torpe soy!

CAB. 2.º (Al 1.º) ¡Verdad!

SEV. (Impaciente.) Pero...

CAB. 1.º He querido decir que el asunto es personalísimo y que... nada, volveremos.

SEV. ¡Phs! Hagan ustedes lo que gusten.

CAB. 1.º (Saludando.) Señor don Severiano...

CAB. 2.º (Idem.) Caballero...

SEV. (Idem.) Señores... (Cuando los tres se dirigen al foro suena un campanillazo y se detienen.)

CAB. 1.º ¿Será él?

SEV. Puede.

LEO. (Dentro.) ¡Pues quiero verle! ¿Que no está? Le esperaré.

CAB. 1.º Es la madre.

SEV. ¿La madre de quién?

CAB. 1.º De... (Aparte al 2.º) ¡Otra torpeza! Soy un majadero.

CAB 2.º (Al 1.º) Mucho.

CAB. 1.º (A don Severiano.) ¿No podríamos salir por otra puerta?

SEV. No, señor; aquí no hay más que esa; por ella entran todos y por ella salen; salvo alguno que quiera salir por el balcón.

CAB 1.º Opto por la puerta.

ESCENA IV

DICHOS, DOÑA LEONOR y RAMONA

LEO. (Aparece por el foro, peleándose con Ramona que la impide la entrada.) ¡Quítese usted de en medio, buena mujer!

RAM. Pero...

LEO. Cuando le digo á usted que voy á entrar; vaya si entro. (Dando un empellón á Ramona, baja al proscenio.) Buenos días. ¿Conque el médico no está en casa? Pues... (Reparando en los Caballeros.) ¿Aquí ustedes? Lo presumía.

RAM. Ya dije á la señora...

LEO. Hágame usted el favor de dejarme en paz.

RAM. (Pues, quédate bendita de Dios.) (Vase.)

ESCENA V

DICHOS, menos RAMONA

LEO. (A los Caballeros.) Ustedes han venido por encargo de mi hijo, ¿no es eso?

CAB. 1.º Señora, yo...

LEO. No me lo nieguen ustedes; estoy enterada de todo. Por eso vengo.

CAB. 2.º (Al 1º.) Esto no me parece correcto. Vámonos.

CAB. 1.º Nosotros ya nos retirábamos.

CAB. 1.º (Saludando.) Caballero... Señora...

CAB. 2.º (Idem.) Señora... Caballero...

CAB. 1.º (Al 2.º) Ahora, que ellos se las entiendan.

CAB. 2.º (Al 1.º) Eso; ó que no se las entiendan. (Vanse.)

ESCENA VI

DON SEVERIANO y DOÑA LEONOR

LEO. Por supuesto, que volverán.

SEV. Eso han dicho.

LEO. Es claro; pero afortunadamente estoy yo aquí y de mi cuenta corre que no se verifique el lance.

SEV. (Alarmado.) ¿De qué lance habla usted, señora?

LEO. ¿De qué lance he de hablar? Del que pretende tener mi hijo con un... Pero, ¿nada le han dicho á usted esos jóvenes?

SEV. Ni una palabra.

LEO. Es claro; estas cosas siempre se callan por prudencia. ¡Valiente prudencia te dé Dios! Pues, sí, señor, un duelo que mi hijo Felipe había de tener con un tal Manuel Villá. ¡Pero no falta otra cosa! Mi hijo, un Rey Cuadrado, midiendo sus armas con un mediquillo de mala muerte...

SEV. ¡Señora!

LEO. Además, ¿cuándo se ha visto, ni se ha oido

que se batan los médicos? Los militares, los hombres políticos, los títulos, vaya con Dios. Eso está admitido y no tiene nada de extraño; pero ¡los médicos! tendría que ver. Sólo les faltaba convertirse en espadachines para acabar más pronto con todo el género humano; y luego, ¿quién es él para batirse con un Rey Cuadrado? Cualquier cosa, un...

SEV. (Violentamente.) ¡Señora! está usted hablando de mi hijo; que si no es Rey Cuadrado ni Redondo, vale tanto como cualquiera que lo sea, y para mí mucho más que todos los reyes del mundo.

LEO. (Humanizándose.) De manera, que usted es el padre de...

SEV. De Manuel, sí, señora.

LEO. ¿Y hermano de don Juan? (Bien decían que era muy estrafalario.)

SEV. El mismo.

LEO. (Pausa.) Dispénseme usted si me he expresado con algún calor; ya usted comprende... yo no sabía, no me figuraba... pero, amigo mío, soy madre, y usted que lo es también... vamos, usted es padre, pero, para el caso es lo mismo, me parece que estará usted conforme conmigo en que ese duelo no debe verificarse.

SEV. Del todo conforme; tengo el mismo interés que usted en evitarlo, y lo evitaré.

LEO. Sí, señor, que lo evitaremos.

SEV. Sólo que usted ha equivocado el camino; usted se propone ver á mi hijo para disuadirle; creo que será más corto que yo hable al de usted para que él desista.

LEO. Será inútil; Felipe no desistirá, estoy segura; en fin, ya ve usted si conoceré yo á mi hijo.

SEV. Pues calcule usted si conoceré yo al mío; no desistirá tampoco. (Pausa.)

LEO. ¿Y qué hacemos?

SEV. (Pensativo.) ¿Por qué es el desafío?

LEO. No lo sé. Unicamente he averiguado que tratan de batirse.

SEV. Tampoco sé yo los motivos de ese disgusto;

pero sospecho que, si pudo haberlos, no los hay ya.

LEO. ¡Ay, amigo mío! Me vuelve usted la vida. ¿Cree usted?...

SEV. Sí; en todo esto anda de por medio una cuestión de amores, y... ¡su hijo de usted, si no estoy equivocado, pretende á mi sobrina.

LEO. Pretender no es la palabra; pero, vamos, hay efectivamente algo de eso.

SEV. Mi hijo la pretendía también.

LEO. (Con asombro.) ¿El?

SEV. (Irritado.) El, sí, señora; ¿y qué tenemos?

LEO. Nada, nada; no se enoje usted, caballero.

SEV. Pues bien; si el motivo es el que me figuro, vuelvo á decirlo, ese motivo ya no existe. Manuel...

LEO. ¿Ha renunciado?

SEV. (Secamente.) No; pero es lo mismo; no ha sido aceptado por los padres de Concha.

LEO. Perfectamente.

SEV. Gracias.

LEO. No; quiero decir que eso facilita un arreglo. Desde el momento en que su hijo de usted, por unas razones ó por otras, desiste...

SEV. ¡Que no desiste, dale!

LEO. Bueno, no desiste; pero deja de ser un rival.

SEV. Pero como puede suceder... claro que puede suceder...

LEO. ¿El qué, hombre? (Con impaciencia.)

SEV. (Con calma.) A eso voy, mujer.

LEO. (¡Grosero!)

SEV. Puede suceder que no sean los que suponemos los motivos del lance.

LEO. Pues nuestro gozo en un pozo.

SEV. (Lo que es yo en un periquete lo arreglo, deslomando á estacazos á Rey Cuadrado y á sus embajadores.)

LEO. Pero ¿qué dice usted?

SEV. Digo que lo primero de todo es enterarnos, y quien ha de enterarnos es su hijo de usted. Ahora mismo acompaño á usted á su casa.

LEO. ¿Usted?

SEV. ¡Yo! ¿O le parece á usted que para este asunto avisemos al vecino de enfrente?

LEO. (No tengo más remedio que resignarme.)

SEV. (Bruscamente.) ¿Qué esperamos, señora?

LEO. Nada, nada; vamos cuando usted guste.

SEV. Pues cuanto antes es tarde. (Gritando.) ¡Ramona!

ESCENA VII

DICHOS y RAMONA

RAM. ¿Llamaba usted, señor?

SEV. Sí. Oiga usted; salgo con esta señora. Si viene mi hijo, que no debe de tardar, dígale que necesito hablarle hoy, que le he esperado mucho tiempo, y que volveré pronto.

RAM. Bien, señor.

SEV. (Se dirige hacia la puerta del foro y vuelve.) Se me olvidaba. No hay necesidad de que hable usted á mi hijo de la visita de esos dos muchachos.

RAM. ¿Qué muchachos?

SEV. (Impaciente.) Los que hablaron conmigo.

RAM. ¡Ya! Esos caballeros. Como el señor decía muchachos, creí... Pero, vamos, ya estoy... No, no le diré que han venido esos señores... esos chicos.

SEV. Corriente; hasta luego. (A doña Leonor.) Andando, señora. (Se dirigen hacia el foro; don Severiano pasa delante, pero cuando está ya en la puerta retrocede para dejar paso á doña Leonor.) Vamos, pase usted, pase usted.

LEO. (Pasando.) Era lo mismo.

SEV. (A Ramona.) Adiós. (Vanse ambos.)

ESCENA VIII

RAMONA, sola

Vaya usted con Dios, doña sin gustos. Valientes modales se trae la muy...: al entrar me da un empellón que por poco me estrella; al salir, ni mira, ni saluda; luego dicen

que... á veces, contri más altas son las personas parecen peor educadas. (Pausa.) No, algunas hay... vamos al decir, que le dan á una ganas de bailarlas el agua delante. La prima del médico, sin ir más lejos; esa, esa sí que es una verdadera señorita. Y no será porque valga menos que esta otra, porque como rica, bien rica es, y como joven y guapa... no digamos, con un canto en los pechos se daría esa... tarasca por parecerse á ella de lejos. Pues ella, nada, siempre tan atenta. Ramona por aquí, amiga mía por allí, y hoy un regalito, y mañana un recuerdo y siempre risueña y siempre... (Pausa.) Y no lo hace con malicia el ángel de Dios... Viene á ver á su novio, ¡vaya! pues hace perfectamente; lo mismo que iba yo á ver al mío, y mejor, porque yo no llevé nunca aya. (Pausa.) Luego el médico es también de muy buena pasta. Da gozo y da risa verlos á los dos sentaditos aquí y Luisa y yo á ese otro lado; nosotras, cose que te coserás, y ellos, cuchicheando, cuchicheando, que principian y no acaban. (Cambio de tono.) Tengo unas ganas de que los casen para que salgamos todos de penas...

ESCENA IX

RAMONA y MANUEL

MAN. Buenas tardes.

RAM. Felices, señorito.

MAN. ¿Ha venido alguien?

RAM. Muy bien de gente ha tenido usted esta tarde; caballeros, señoras...

MAN. ¿Caballeros? ¿Señoras? ¿Quiénes eran?

RAM. (Ya metí la pata.) Pues... no los conozco; con su padre de usted hablaron.

MAN. ¿Ha venido mi padre?

RAM. Y ha esperado muchísimo tiempo. Aluego se fué, pero dijo que volvería pronto.

MAN. Está bien.

RAM. ¿Se le ofrece á usted algo?

MAN. Nada.

RAM. Bueno, pues ahí se queda usted con sus libros. (Vase.)

ESCENA X

MANUEL, solo

(Se pasea un rato silencioso y pensativo.) ¡Mis libros! ¡Mis únicos amigos fieles, á quienes tengo tan olvidados! (Pausa.) Aquí estáis esperándome cariñosos, prontos siempre á desvanecer las nubes de mi entendimiento, á mitigar las penas de mi corazón. (Pausa.) ¡Cuántas veces, en mis largas noches de vigilia, mientras procuraba yo desentrañar el contenido de vuestra enseñanza, me pareció ver aquí, á mi lado, animándome con su sonrisa, acariciándome con su mirada, á una mujer; el ángel de mi hogar, la realización de mis sueños de adolescente!.. Con ella, la aridez del estudio, las asperezas de la profesión, las amarguras del desengaño, nada me importaban. Sin ella... ¡oh! sin ella, ¿de qué y para qué me servís vosotros? (Rato de silencio.) No, no puedo acostumbrarme á la idea de renunciar á Concha; esto es muy superior á mis fuerzas. (Cambio de tono.) ¿Y por qué? Concha corresponde á mi cariño; me ha prometido sacrificármelo todo, y estoy seguro de que cumplirá su promesa. (Otra pausa.) Pero, ¿puedo yo honradamente aceptar ese sacrificio?... Aceptándolo, ¿obedeceré á los impulsos de mi amor ó á las sugestiones del egoismo? (Pausa.) Pero... ¡la lucha eterna! ¡el corazón gritando, ama; la cabeza diciendo, medita, y el hombre fluctuando indeciso entre esto y aquello y sin saber qué hacer de una libertad, que no es libertad, y que si lo es para nada le sirve. (Queda sumergido en profunda meditación.)

ESCENA XI

MANUEL y DON SEVERIANO.

SEV. (Que ha entrado silenciosamente, se aproxima á Manuel, le contempla un rato y después le dá dos palmadas cariñosas en el hombro.) Ánimo, hijo mío, mucho ánimo.

MAN. (Volviendo en sí sobresaltado.) ¿Eh? ¡Ah! ¡Es usted!

SEV. Si, yo soy, no te asustes. ¿Qué, estás llorando? Bueno; nadie lo ha visto y no tienes por qué avergonzarte. También los hombres lloran cuando tienen algo aquí dentro. (Golpeándose el pecho. Pausa y transición.) Sé de eso también; aquí donde me ves, con estos aires de viejo regañón y áspero, he vertido mis lágrimas... y ahora mismo ¿quién sabe? no estoy muy seguro de no lloriquear un poco... porque tenemos que hablar de cosas muy tristes... pero el hombre debe ser hombre antes que todo; verter algunas lágrimas cuando vienen desde muy hondo, bueno...; pero después... después se pasa un pañuelo por los ojos y se acabó, y á vivir, que con llorar no se adelanta nada, ni se sirve á nadie, ni se hace cosa de provecho. ¿Estamos? (Transición.) ¿Quieres mucho á tu prima, verdad?

MAN. Con toda mi alma.

SEV. Bueno, pues ya lo sabes, tienes que renunciar á ella. Es lástima, porque me parece buena muchacha.

MAN. ¡Oh! Sí, sí; es un ángel, un ángel.

SEV. Ángel, ángel. ¡Bah! Será un poco menos; pero, en fin, no se necesita tanto para que una mujer sea buena esposa y excelente madre de familia... De los ángeles, aunque solamente los he visto pintados, se me figura que no habían de servir para eso... ¿Te ries? Corriente; pues ahora escúchame, que voy á darte explicaciones.

MAN. (Sorprendido.) ¿Explicaciones? ¿Usted á mí? Padre, no comprendo...

SEV. Ya comprenderás cuando me hayas oido. Al salir, hace muy pocas horas, de casa de mi hermano, te dije que no querían concederte la mano de tu prima.

MAN. Sí, yo lo sabía antes de que usted me lo dijese.

SEV. ¿Lo sabías? Vamos, quieres decir que lo sospechabas.

MAN. No, padre, no; quiero decir que lo sabía. Concha me lo había dicho ya.

SEV. Concha no estaba con nosotros cuando se habló de eso... Entonces es que estuvo escuchándonos... Pues mira, Manuel, eso de escuchar detrás de las puertas, es una mala costumbre... Puede que se use entre los ángeles, pero en las niñas, no está bien visto.

MAN. ¡Padre!

SEV. Bueno, bueno; ya me hago cargo de que la cosa le tocaba muy de cerca y... pero de todos modos, con eso de escuchar no transijo. En fin, no seamos demasiado severos, ya que todos necesitamos indulgencia. ¿No te dijo Concha las razones que tenían sus padres para oponerse á vuestro matrimonio?

MAN. Nada me dijo; solamente pudimos cruzar algunas palabras. Supongo que cuando nos veamos hoy me lo explicará todo.

SEV. (Con solemnidad.) Pues siéntate ahora y escúchame con atención. Es necesario que yo dé á mi hijo explicaciones acerca de lo sucedido. (Movimiento de protesta en Manuel.) No me interrumpas; te debo en justicia esas explicaciones, y yo, que pago religiosamente lo que debo á los extraños, no he de separarme de esa linea de conducta cuando se trata de mi hijo.

MAN. Pero, padre, yo no necesito explicaciones de usted; yo no las pido. Usted ha sido siempre para mí el mejor de los padres, y ¿cómo podré olvidarlo nunca? el más cariñoso de los amigos... Tengo pruebas de lo que usted me quiere; creo haberlas dado

de lo sinceramente que le correspondo y de lo mucho que le respeto. ¿Cómo he de consentir en escuchar explicaciones de labios en los cuales sólo me cumple oir órdenes ó consejos?

SEV. Todo eso está muy bien, hijo mío, perfectamente. Dices lo que debes decir; pero yo hago lo que debo hacer y no hablemos más acerca de esto; ha de ser así, porque yo lo quiero. Dices que de mis labios debes escuchar órdenes; pues bien: te mando que me oigas y que me juzgues después de haberme oido.

MAN. (Inclinando la cabeza.) Obedezco; ya escucho.

SEV. Corriente. Principio diciéndote que tus tíos, aunque no se entusiasmaron cuando les hablé de tu pretensión, accedieron á darte por mujer á Concha.

MAN. ¿Cómo? ¿Accedieron dice usted?

SEV. Sí, eso digo; accedieron.

MAN. (Vacilando.) Entonces, ¿usted fué quien?...

SEV. Quien lo descompuso; precisamente. Yo, que dije á mis hermanos algo que ignoraban y que era necesario decirles; algo que también es preciso que sepas tú y que voy á decirte ahora... Aunque, para hablar sinceramente, decírtelo á tí me cuesta más trabajo que me costó decírselo á ellos. (Páusa. Se levanta y dá dos ó tres paseos por la escena. Vuelve á sentarse cerca de Manuel.) ¡Ea! adelante; el mal camino andarlo pronto. Tú crees, claro, como lo han creído todos, que soy rico; pues soy pobre. (Un movimiento de Manuel como para hablar. Severiano le detiene.) No he concluído; hay aún más: tu madre, ¡noble y santa mujer!, murió al nacer tú, sin que yo hubiera podido todavía darle mi nombre.

MAN. ¡Oh!

SEV. Esto fué lo que dije á mis hermanos; esto es lo que he querido decirte á tí... A ellos no tenía para qué darles explicaciones; á tí, debo dártelas.

MAM. Pero...

SEV. Sí; es preciso que para tí sea venerable y

sagrada siempre la memoria de tu madre; necesito, además, aunque esto es ya de menos importancia, que no puedas abrigar la sospecha de que tu padre es avaro ó ha sido pródigo; te niega su caudal, ó ha derrochado el tuyo.

MAN. No he conocido á mi madre; pero usted me ha enseñado á respetar su memoria; usted me ha dicho que fué la más digna y la más noble de las mujeres; no necesito saber más. (Transición.) De usted... de usted sé, hace mucho tiempo, que es el mejor de los padres y y el más honrado y el más generoso de los hombres.

SEV. (Sonriendo.) No tanto, muchacho, no tanto; me gusta que lo pienses y te agradezco que me lo digas, pero eso no importa... Cuando estabas seguro de conseguir lo que juzgas tu felicidad, se levanta repentinamente un obstáculo que lo impide; me interesa mucho que, andando el tiempo, no asocies al mío el recuerdo de esta desgracia, de la cual no tengo la culpa. (Pausa y cambio de tono.) Tu madre y yo éramos aún muy niños y nos queríamos ya como... como ahora os queréis vosotros, Concha y tú... no me ocurre otra cosa más clara para que me comprendas. Nuestras familias no aprobaban aquellos amores; á ella, sus padres pretendían hacerla monja; á mí, se obstinaban los míos en llevarme á no sé qué punto de América. Nuestras lágrimas, nuestros ruegos, nuestra desesperación, fueron inútiles; apelamos, por consiguiente, á la astucia: fingimos ceder y concertamos nuestra fuga, con el firme propósito de unirnos, y hecho esto, solicitar el perdón que, á nuestro juicio, no tardaríamos en alcanzar. (Rato de silencio.)

MAN. ¿Y no sucedió así?

SEV. No; no sucedió así, por desgracia. Realizamos con muchas dificultades la fuga; pero fuímos perseguidos con tal encono, con tanta saña, que á los dos días caímos en poder de nuestros perseguidores. Tu madre fué en-

cerrada en un convento; yo... yo fuí conducido á la cárcel como un criminal.

MAN. ¿A la cárcel?

SEV. Sí, hijo mío; sí, á la cárcel, y es muy probable que desde allí hubiese ido á presidio... el Código no entiende de bromas y los magistrados son unos señores muy serios á quienes no se conmueve con canciones de amor. Conseguí evadirme á fuerza de dinero; en Francia estuve hasta que, transcurridos algunos meses, llegó á mis manos un papel en que tu madre había escrito algunas palabras... No se han borrado; no se borrarán nunca de mi memoria: «Ven, ven lo más pronto que puedas; ya no hay peligro» —figúrate tú; ¡aunque lo hubiese habido!— aquella carta tenía una postdata: «Mi pobre padre está arruinado; te lo digo porque él se empeña en que te lo diga, asegurando que de otro modo no procederíamos lealmente y que tú, sabiéndolo, no vendrás. No te enojes con él ¡ha tenido tantos desengaños! Yo sé que con esto vendrás más pronto.» ¡Ella me conocía bien! (Don Severiano se detiene un poco como para tomar aliento; Manuel se acerca á él y le estrecha la mano con fuerza.) ¡La mitad de mi vida habría dado yo por tener alas. ¡Qué despacio, qué despacio andaba aquel tren maldecido! ¡No se llegaba nunca!... Cuando entré en la casa acababas de nacer tú. Dicen que las alegrías no matan ¡Vaya si matan! A tu madre la mató la alegría de verme. Aquellas gentes, aturdidas ó estúpidas, no tomaron la precaución de anunciarle poco á poco mi llegada; me hicieron entrar, sin yo saber adónde me conducían, en el cuarto en que descansaba. Al verme dió un grito, trató de incorporarse y no pudo... (Pausa.) Pocos momentos después no existia.

MAN. ¡Pobre madre! (Rato de silencio.)

SEV. Poco antes de morir, señalándome con la vista á su padre, que abrumado por el dolor permanecía silencioso al otro lado de la cama, me dijo al oído con voz que se per-

cibía apenas: «queda solo, sé su hijo.» Lo juré, poniendo la mano sobre tu cabeza. Murió tranquila. (Rato de silencio, cambio de tono.) Era verdad: aquel pobre viejo había perdido en pocos meses su fortuna; y era verdad también que estaba á punto de perder su honra. Sacrificando toda mi hacienda, conseguí que su fama quedase limpia. Ya sabes por qué no eres rico; cumpliendo el juramento que hice á tu madre moribunda, creí obrar bien; á tí te corresponde decirme ahora si estoy equivocado.

MAN. (Muy conmovido.) Padre, padre mío, usted procedió como quien es, como el hombre más noble y más honrado de la tierra. Yo no quería que usted me dijese nada; ahora doy gracias á Dios por haberme dejado oirle. No, no quiero á usted ahora más que antes le quería, no le respeto más que antes le respetaba, por que esto no es posible, pero ese cariño y ese respeto se han convertido en veneración. ¡Qué gloria para mí, ser hijo de tal padre! (Manuel trata de besar la mano á su padre, que no se lo permite y le da un abrazo. Pausa larga.)

SEV. (En tono alegre.) Ea, muchacho, basta ya de enternecimientos. Estás enterado de todo, que era lo principal... Tu abuelo, ¡pobre hombre! se resistió un poco, pero al cabo aceptó mi caudal, salió de sus compromisos y se fué con el propósito de rehacer su fortuna, según me dijo; esta mañana he sabido que ha muerto pobre... ¡Descanse en paz! Le rogué que permaneciese con nosotros y no quiso; yo nada podía hacer ya en obsequio suyo y lo dejé. Como no había ninguna necesidad de que yo dijese estas cosas á nadie, á nadie las dije; las gentes han continuado teniéndome por rico, eso nunca estorba. Algunos me han juzgado avaro, otros extravagante; me veían trabajar mucho y gastar poco... pero ya comprenderás que la opinión de las gentes no me importaba; la tuya sí, y por eso he querido saberla. (Tran-

sición.) Y ahora hablemos de vosotros. ¿Qué te propones? Te sientes con valor para renunciar á Concha?

MAN. ¡Oh! No.

SEV. Pero negándotela sus padres, ¿qué harás?

MAN. ¿Qué haré? Cuento con el cariño de Concha, me casaré con ella á pesar de sus padres.

SEV. ¿Lo has pensado bién?

MAN. (Vacilando.) No; es decir, sí; no pienso en otra cosa; pero mis pensamientos son confusos: mis ideas se obscurecen...

SEV. Son confusos tus pensamientos; pues créeme, hijo mío, es que lo que piensas no es honrado.

MAN. ¡Padre!

SEV. ¿Tus ideas se obscurecen? Pues, no lo dudes, esas ideas son malas.

MAN. Pero...

SEV. Nada, nada; yo no entiendo de filosofías, ni sé de esas cosas que en las cátedras os enseñan; pero en mi manera burda de ver las cosas comparo los pensamientos con las luces de gas: éste nos alumbra por fuera, los otros nos iluminan por dentro; cuando alumbra poco, el gas es malo; cuando nos iluminan mal, los pensamientos no son buenos; con ideas nobles y honradas no puede haber tinieblas ni confusiones; se va por ellas sencillamente como por camino real en noche de luna. ¿Notas algo obscuro en tu conciencia? Pues es que caminas por senderos tortuosos, y de ahí no hay quién me saque Piensa bien y verás claro.

MAN. Deseo hacerlo y luchan en mi alma con tenacidad mil contrarias ideas: quiero á Concha; ¡oh! eso sí, la quiero con toda mi alma; comprendo que no me será posible vivir sin ella, pero ¿conseguiré hacerla dichosa, yo... yo que por su felicidad sacrificaría mi existencia?

SEV. Es muy difícil que lo consigas, hijo mío, muy difícil... sobre todo si comienzas por obligarla á romper bruscamente los lazos

que la unen á su familia. Bodas que así empiezan, empiezan bajo malos auspicios, y casi nunca acaban bien... Además, las gentes pensarán de tí... ¡oh! es seguro que lo pensarán, y, lo que es peor, habrá fundamento para pensarlo, que has buscado en tu boda un negocio. ¡Pobre de tí el día en que esa sospecha entre en el ánimo de tu mujer!

MAN. ¡Oh, ella me conoce! No lo creerá nunca.

SEV. Ahora no; después... después es posible que sí lo crea.

MAN. ¡No, no, mil veces no!

SEV. Sea. ¿Concha te quiere?

MAN. Sí; me lo ha dicho; la creo.

SEV. Entonces se reduce á una cosa: esperad.

MAN. ¿Esperar?

SEV. Eso; la esperanza es una virtud... y, al fin y al cabo, es también un entretenimiento.

ESCENA XII

DICHOS y RAMONA

RAM. (Entra silenciosamente y procura llamar la atención de Manuel.) ¡Je, je!

MAN. ¿Qué es eso?

RAM. Soy yo, señoritos, soy yo. (Haciendo señas á Manuel.)

SEV. ¿Qué sucede?

RAM. Nada; me pareció que habían ustedes llamado. (A Manuel, en voz baja.) (Están ahí.)

MAN. (Alto.) ¿Han venido ya? ¿Por qué no entran?

SEV. ¿Quién ha venido?

MAN. ¡Ella, Concha!

SEV. (Como maravillado.) ¿Ella aquí? ¡En tu casa!.. ¡Pero estos chicos están locos!

RAM. De manera que ¿puedo decirles?...

SEV. Sí; dígales usted que ahora pueden entrar sin inconveniente, porque estoy yo. ¿Entiende usted, señora?

RAM. Entiendo, entiendo. (Qué atrocidad de hombre.) (Vase.)

ESCENA XIII

SEVERIANO y MANUEL

SEV. Pero, Mannel, ¿por qué viene Concha á tu casa?

MAN. Me había prometido venir para que resolviésemos lo que se debía hacer.

SEV. Lo primero que se debía hacer era no venir. Y por lo visto, no ha sido esta la primera visita.

MAN. No.

SEV. ¿De modo que os habéis visto aquí otras veces?

MAN. Algunas.

SEV. ¿Y me lo dices con esa tranquilidad?.. Pero ¿no comprendes, con ese talentazo que Dios te ha dado, que lo que has hecho, si no es una tontería, es una infamia?

MAN. Padre: Concha es y ha sido sagrada para mí; estaba á mi lado tan segura como habría podido estar al lado de su madre.

SEV. Palabras, palabras.

MAN. Además, con nosotros estaban siempre su aya y Ramona.

SEV. ¡Buenos apuntes!

MAN. Ramona y el aya de Concha son antiguas amigas. Muchas veces, cuando mi prima salía con su aya á dar un paseo en coche, visitaban á Ramona. Esto sucedía antes de que Concha y yo nos conociésemos. Después de conocernos, las visitas de Luisa á Ramona han continuado, y nosotros las aprovechamos para vernos y hablarnos.

SEV. Ya. ¿Y de quién fué la buena idea de que vinieses á hospedarte aquí?

MAN. De Luisa.

SEV. Me lo figuraba. La que enseña al chiquillo á tocar el tambor cuando llega gente. ¡Y en tales manos dejan algunos padres la suerte de sus hijos!

ESCENA XIV

DICHOS, CONCHA, LUISA y RAMONA

RAM. Puede usted pasar, señorita Concha; no hay nadie más que su tío de usted.

CON. (Saludando con mucha cortedad.) Buenas tardes, tío; hola Manuel.

SEV. (A Concha con mucho cariño.) Muy buenas tardes, hija mía. Te agradezco de veras que hayas venido; pienso dejar muy pronto la corte, y no sé si tendré tiempo para saludar á tus padres. Mucho habría yo sentido no despedirme de tí. (Tomándole la mano.) Vamos, niña, siéntate aquí, á mi lado; quiero darte algunos encargos para tu mamá. (Volviéndose á Ramona y á Luisa.) Ustedes pueden retirarse.

LUISA (Vacilando.) No sé si debo separarme de la señorita.

SEV. (Bruscamente.) Otras cosas son las que no debería usted hacer.

LUISA Pero...

SEV. (Brusco.) Basta. No tengo ganas de conversación; ¡largo!

RAM. (Aparte á Luisa.) Vámonos y no le repliques; tú no sabes lo que es este hombre.

LUISA (Aparte á Ramona.) No lo sé, pero me lo figuro. (Vanse las dos.)

ESCENA XV

SEVERIANO, CONCHA y MANUEL

SEV. (A Concha con mucho cariño.) Señorita, no he querido reñir á usted delante de esas gentes por no avergonzarla; pero ahora que estamos solos, le digo que eso de venir á ver al novio á su casa no está bien... ni medio bien.

CON. Sí, ya me parecía á mí que estaba mal. (A Manuel.) ¿Te acuerdas que te lo dije? (A don

Severiano.) Pero, mire usted, como en casa apenas podíamos hablarnos, y eso de escribirnos es tan soso...

SEV. Soso ó con sal, á eso había que atenerse, y ahora ni aun á eso, porque los papás no quieren que se case usted con mi hijo.

CON. Pues lo que es eso... aunque se empeñen mis padres, ya le he dicho á Manuel, yo no he de casarme con otro. Pero, hábleme usted de tú, tío; le prometo que no volveré á venir, aunque Manuel se enfade.

SEV. No, hija de mi alma, no; Manuel no se enfadará, porque sabe que todo cuanto yo te digo es por tu bien... y por el suyo. El mundo suele pensar mal de las cosas más inocentes. ¡Dios sabe lo que á estas horas estará pensando y diciendo de tus visitas!

MAN. Nadie lo sabe.

SEV. Eso es. ¡Nadie lo sabe! Pues qué, ¿no lo sabe Ramona? ¿No lo sabe Luisa? Con una de esas basta para que lo sepa todo Madrid. ¿Y la portera que la ha visto subir? ¿Y el cochero que las ha traído? ¿No son nadie? Desengañáos, hijos míos, lo que no se sabe es lo que no se hace. (Rato de silencio.) Ahora, una despedida cariñosa, y á esperar que Dios mejore sus horas. Yo mismo voy á llevarte á casa de tus padres, porque de esa Luisa no me fío. Les contaré lo que ha pasado, para que la despidan, y...

CON. (Asustada.) ¿Pero usted piensa decir á papá?..

SEV. (Con mucha calma.) Sí, hija mía, todo.

MAN. (En son de súplica.) ¡Padre!

SEV. (Sonriéndose,) No tengáis miedo; ya lo contaré de manera que no se enojen. Hasta, vaya usted á saber, hasta puede ser que esto os favorezca. Sea lo que fuere, no debo permitir que tus padres continúen con los ojos cerrados con respecto á esa dichosa aya, que es en todo esto la verdadera culpable, y que sería en la casa un peligro permanente.

CON. (Muy afligida.) Se pondrán furiosos conmigo, ya lo verá usted.

SEV. Contigo no... serían muy injustos; tu cariño

y tu inocencia te absuelven; de todos modos si vosotros seguís queriéndoos...

CON. ¡Oh! Sí, cada vez más.

MAN. Con toda mi alma. (Se oye ruído de un carruaje.)

ESCENA XVI

DICHOS, LUÍSA y RAMONA

LUISA (Azorada.) Señorita, señorita.

CON. (Sobresaltándose.) ¿Qué sucede?

LUISA Su papá de usted... viene...

CON. ¡Dios mío de mi alma! Pero ¿está usted segura?

RAM. Lo hemos visto bajar del coche. Ya sube la escalera; (Suena un campanillazo.) ya está aquí... Escóndanse nstedes. (Suena otro campanillazo. (Gritando.) Voy. (Vase.)

ESCENA XVII

DICHOS, menos RAMONA

LUISA (A Concha.) Escóndase usted, por Dios, señorita; si su papá la encuentra aquí, vamos á tener un disgusto.

CON. (A su tío,) ¿Dónde me escondo?

LUISA (A Manuel.) Donde nos ocultamos.

MAN. (Indeciso.) Yo... (Señalando la puerta del foro.) Por aquí!

LUISA (Tomando á Concha por la mano y tratando de llevársela.) Vamos, señorita.

CON. (Siguiendo á Luisa.) Sí, vamos pronto.

SEV. (Deteniéndola y haciéndola sentar.) Quieta, hija mía, quieta.

LUISA (Insistiendo.) Pero...

SEV. (Muy violentamente.) Aquí no se esconde nadie, ni hay para qué. ¿Usted se figura que somos todos unos?

ESCENA XVIII

DICHOS, DON JUAN y RAMONA

(Al presentarse don Juan en la puerta del foro, el cuadro debe ofrecer un conjunto cuyo efecto se confía á la discreción del director de escena: Concha sentada y bajando la cabeza, parece como si tratara de esconderse; Luisa ha retrocedido hasta colocarse muy cerca de la puerta; Manuel pérmanece al lado de Concha como para protegerla en caso necesario, y no pierde de vista á don Juan; Severiano, sereno, sale al encuentro de su hermano, que le saluda con tranquilidad también y sin notar la presencia de Concha hasta que el diálogo lo indica; Ramona, recatándose un poco, debe aparecer curioseando por el forillo.)

SEV. Hola, Juan.

JUAN Hombre, ¿ha venido por aquí Ricardo?

SEV. No lo he visto.

JUAN ¡Qué tronera es! Nada, que no ha parecido por casa en todo el día. Ahora acaban de decirme que aún no ha vuelto. Ya me figuro que no le habrá sucedido nada—las malas notícias se saben pronto—pero, en fin, esa tardanza empieza á inquietarme un poco y quería preguntar á Manuel si sabe...

SEV. A Manuel ahí le tienes.

MAN. No he visto hoy á Ricardo.

JUAN (Al oír la voz de Manuel vuelve la vista y repara en Concha.) ¿Qué es esto? ¿Aquí tú, Concha? ¿Qné haces en esta casa?

CON. (Turbada.) Yo...; habíamos venido... Luisa...

JUAN Pues Luisa ha hecho muy mal en venir y tú peor...

LUISA He venido á visitar á una señora que es antigua amiga... y que...

SEV. (Interrumpiendo.) Esa mujer miente. Concha ha venido para ver á mi hijo. Ya te dije esta mañana que se quieren.

JUAN Cariño, que ni su madre ni yo aprobamos, y que tú, no obstante, patrocinas. (Irónicamente.) ¡Qué puritanismo tan original el tuyo, que no rechaza tan pobres papeles!

SEV. Pobre y ruín y miserable eres tú, que eso piensas y eso dices.

JUAN Digo lo que veo; veo que ayudas á tu digno descendiente en la empresa noble de conseguir una buena boda.

MAN. Miente usted, tío; y es necesario...

SEV. (A Manuel.) Calla, Manuel; este es asunto nuestro.

JUAN No hablo con usted, señor sobrino.

CON. (Suplicante.) ¡Papá, por Dios, papá!

JUAN (Con imperio,) Silencio. Usted, señorita, sépalo desde ahora: dará su mano á... Felipe.

CON. (Con resolución.) A Manuel.

JUAN (Irritado.) ¡Concha!

CON. Sí, papá; á Manuel ó á nadie.

JUAN (A Concha.) Hablaremos de eso. (A don Severiano, sarcásticamente.) Parece que el complot de esa buena alhaja de sobrino iba más adelantado de lo que yo creía; pero que renuncie á su triunfo; corren ahora malos vientos para los pescadores de dotes.

MAN. (Indignado.) ¡Oh!

SEV. (Aparte á Manuel.) Te lo había anunciado. (A Juan en son de amenaza.) ¡Vete! ¡vete!

JUAN (Con calma irónica.) No me afectan esos ridículos alardes de dignidad. Después de lo que he visto, el pedestal en que tú mismo te habías colocado, ha descendido mucho. (A Concha.) Vamos, niña. (Con dureza.)

CON. (Sollozando. A don Severiano.) Adiós, tío. (A Manuel.) Adiós, Manuel, te querré siempre.

MAN. (A Concha.) Adiós.

JUAN (Bruscamente y cogiendo la mano á Concha.) Basta. (Vanse don Juan y Concha, los sigue Luisa despacio; Ramona se ha adelantado á salir, al verlos dirgiirse al foro.)

ESCENA XIX

DON SEVERIANO y MANUEL

SEV. (Aproximándose al foro.) ¡Miserable!

MAN. (Se acerca al balcón, le abre y permanece allí hasta

que se oye el rodar del coche.) Todo ha concluído.

SEV. (Colocándole la mano en el hombro cariñosamente.) Espera, espera. (Rato de silencio.)

ESCENA XX

DICHOS y RAMONA

RAM. Señorito.

MAN. ¿Qué?

RAM. Están ahí esos dos caballeros.

MAN. ¿Quiénes?

RAM. Dos que estuvieron hace poco; dicen que vienen de parte de don Felipe...

MAN. (Con viveza.) ¡Ah! Que entren en seguida.

SEV. (¡Ellos aquí otra vez! ¿A qué vienen, si hemos arreglado eso?

RAM. Bien. (Vase.)

ESCENA XXI

DICHOS menos RAMONA

SEV. (Como buscando un bastón.) Voy á su encuentro; ya verás qué pronto los despacho.

MAN. No, padre. (Deteniéndole.) Este es asunto mío.

SEV. ¿Vas á batirte?

MAN. Sí.

SEV. Es que yo no quiero que te batas y no te batirás... voy á...

MAN. No; no irá usted, padre. (Poniéndosele delante.)

SEV. ¿Qué? ¿Te atreverás á cerrarme el paso? ¡A mí!

MAN. (Separándose para dejarle libre el paso.) No; pero juro á Dios, tan seguro como le quiero á usted con toda mi alma, que si me impide usted proceder como hombre de honor (Dirigiéndose con resolución á la mesa.), me levanto ahora mismo la tapa de los sesos.

SEV. (Lo haría.) (Alto.) Obra como gustes. (Va á sentarse como abrumado en el sillón mismo donde estaba al levantarse el telón.)

ESCENA XXII

DICHOS y CABALLEROS 1.° y 2.°

CAB. 1.° ¿El señor don Manuel de Villá?
MAN. Yo soy.
CAB. 2.° Nos envía...
MAN. (Interrumpiendo.) Abreviemos; sé quien envía á ustedes, y sé lo que quiere.
CAB. 1.° Sí; una satisfacción cumplida, ó en otro caso una reparación.
CAB. 2.° Por medio de las armas.
MAN. (Secamente.) No tengo satisfacción alguna que dar; dentro de media hora visitarán á ustedes dos amigos míos.
CAB. 1.° Esperamos en casa; aquí está mi tarjeta; beso á usted la mano.
CAB. 2.° (Saludando con gravedad.) Caballero.
MAN. Adiós. (Vanse los Caballeros 1.° y 2.°)

ESCENA XXIII

DON SEVERIANO y DON MANUEL. Don Severiano continua sumergido en sus meditaciones

MAN. (Después de contemplarle un instante se aproxima á él.) Padre. (Le estrecha la mano para besársela; don Severiano le abraza y llora.)
VOZ (En la calle.) El extraordinario á la *Correspondencia de España*, con el nombramiento del nuevo ministerio. (Telón lento.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

GERTRUDIS y CONCHA. Esta aparece llorando; Gertrudis la oontempla durante algunos momentos con interés cariñoso; rato de silencio.

GERT. Concha, hija mía, no te acongojes de ese modo. Estás afligiéndome y no tengo humor ahora para ver lástimas. (En son de reproche.) Entre tu hermano Ricardo y tú, vais á matarme á pesadumbres. (Con tono cariñoso.) Vamos, quizá encontremos una manera de que todo se arregle.

CON. (Enjugándose las lágrimas.) ¿De veras? ¿Crees tú qué papá?...

GERT. No creo nada; pero sé que él te quiere mucho y... (Cambio de tono.) Sepamos. ¿Por qué no dijiste ayer á papá todo eso que ahora me has contado?

CON. No me atreví.

GERT. Siempre pasa lo mismo; conmigo muchos ánimos, y luego, delante de tu padre ,no sabes más que llorar.

CON. ¡Estaba tan incomodado!

GERT. Y con razón. ¿Te parece que tenía motivos para estar contento? Ricardo sin parecer por casa en todo el día; tú...

CON. Mamá, ya te he dicho...

GERT. Corriente, me has dicho....; pero eso no quita...

CON. (Asustada.) Me parece que oigo á papá. (Cogiendo la mano á su madre.) Por Dios, á ver si puedes convencerle. (Besándola.) ¿Lo harás, sí?

GERT. Probaremos.

CON. (Con mimo.) ¡Verás cuánto voy á quererte! Adiós. (Váse.)

GERT. ¡Zalamera! (Pues no me ha conmovido la chica. ¿A que resulta que soy tan boba como ella?)

ESCENA II

DOÑA GERTRUDIS y JUAN. Este entra por el foro y se dirige á la puerta de la izquierda sin reparar en Gertrudis, que sigue sentada.

GERT. (Levantándose.) ¿Puedes concederme dos minutos de audiencia?

JUAN (A Gertrudis) No te había visto. ¿Sucede algo?

GERT. Nada que no sepas, ó por lo menos, que no puedas figurarte. Anoche te esperé inútilmente.

JUAN Sí; el consejo, las audiencias, la firma... (Toca el timbre.) Estoy á tus órdenes.

ESCENA III

DICHOS y TEODORO

TEOD. Señor.

JUAN ¿Conoces á don Juan Fernández?

TEOD. ¿El caballero que venía acompañando á V. E. esta madrugada?

JUAN Ese.

TEOD. Sí, excelentísimo señor, le conozco.

JUAN Pues, bien, cuando el señor Fernández venga le haces entrar en mi despacho y me

avisas inmediatamente; después no estoy en casa para nadie; para nadie ¿entiendes?

TEOD Sí, excelentísimo señor, para nadie. (Váse por el foro.)

ESCENA IV

DON JUAN y DOÑA GERTRUDIS.

JUAN. Podemos hablar; pero no olvides que tengo contados los minutos.

GERT. Acabaré muy pronto... (Sonriendo.) sobre todo si accedes á lo que yo te pida.

JUAN ¿De qué se trata?

JERT. ¿De qué ha de tratarse? De tus hijos; Ricardo...

JUAN (Paseándose por la habitación,) Ricardo, Ricardo, buena ocasión has escogido para interceder por Ricardo; ¿no te ha dicho nada?

GETR. Nada; no he querido verle sin haberte hablado. Está en su habitación.

JUAN Bien está allí, hasta que determinemos lo que haya de hacerse. ¿Sabes dónde estuvo ayer casi todo el día? ¿Sabes dónde pasó parte de la noche?

GERT. ¿Dónde?

JUAN En la prevención. (Movimiento de asombro en Gertrudis.) Allí le condujo la policía, que sorprendió á nuestro hijo y á su ayo—¡buena persona!—en una casa de juego. ¿Te parece bien?

GERT. Demasiado comprendes que la culpa no es de Ricardo... un chico atolondrado y sin experiencia, sino del preceptor.

JUAN A quien despedí de casa anoche mismo.

GERT. Muy bien hecho; como he despedido yo esta mañana á la institutriz de Concha. (Pausa.) Esos, solamente esos, son á mis ojos los verdaderos culpables; no los muchachos, que al fin y al cabo no saben siquiera lo que hacen.

JUAN (En voz baja y grave.) ¿Y no crees que si se

piensa bien, acaso resulte que los culpables somos nosotros?

GERT. ¿Eh?

JUAN (Intencionado.) Piensa en esto. (Pausa.) Yo pensaré también y hablaremos.

ESCENA V

DICHOS y TEODORO

TEOD. Señor.

JUAN ¿Qué hay?

TEOD. Ese caballero espera ya en el despacho de V. E.

JUAN Lleva esos papeles allá. (Señalando unos papeles que hay encima de la mesa.)

TEOD. Voy. (Toma los papeles y se va por la izquierda.)

ESCENA VI

DON JUAN y DOÑA GERTRUDIS

JUAN Lo dicho: piensa en eso, Gertrudis. Ahora, adiós.

GERT. Todavía no; he prometido á Concha que conseguiría...

JUAN ¿Mi consentimiento para su boda con Manuel? Es inútil que te molestes; no has de conseguirlo.

GERT. De sobra sabes que no es ese el marido que para nuestra hija había yo soñado; pero, al fin, si le quiere ella—porque Concha está realmente enamorada—no habrá más remedio que casarlos.

JUAN (Con despego.) Cásense en buen hora, si lo desean; medios existen en la ley para que lo hagan sin mi consentimiento; consentimiento que, te lo aseguro, yo no he de darles.

GERT. No me explico esa obstinación.

JUAN Después de lo ocurrido ayer...

GERT. Lo ocurrido ayer se reduce á una niñería de

enamorados. Precisamente, cuando llegaste á casa de tu sobrino, estaba Severiano reprendiendo á Concha, y disponiéndose á traérnosla á casa. Me parece que lo trataste con excesiva dureza.

JUAN ¿Quién te ha contado todo eso?

GERT. Concha, tu hija, de quien no he dudado nunca ni tú dudas tampoco.

JUAN Posible es, en efecto que yo estuviese un poco duro con Severiano, al cual—contigo no voy á fingir ahora—al cual no perdono la avaricia y el egoismo que en esta ocasión ha demostrado.

GERT. Pero...

JUAN Ni una palabra más, Gertrudis. Sobre esto será ocioso cuanto me digas. No consentiré nunca... es más, Severiano no consentirá tampoco. Puedes decírselo así á Concha.

GERT. Pero reflexiona...

ESCENA VII

DICHOS y TEODORO

JUAN (A Teodoro.) ¿Dejaste allí eso?

TEOD. ¡Sí, excelentísimo señor!

JUAN Pues ya lo sabes: ahora no quiero ver á nadie. (Se dirige hacia la puerta de la izquierda.)

GERT. (Tratando de detenerle.) Pero, óyeme.

JUAN (Sin atenderla.) Hemos concluído. (Vase por la izquierda.)

GERT. (Aparte.) ¡Pobre hija mía! (Vase por la derecha.)

ESCENA VIII

TEODORO

(Mirando alternativamente á las puertas de la izquierda y de la derecha.) Pues, señor, no parece que les alegra mucho esto del ministerio; bien dicen que... (Pensando un rato.) no sé lo que dicen, pero dicen algo que viene ahora como de molde.

ESCENA IX

DICHO y DON SEVERIANO

SEV. (Muy agitado.) Tu amo, ¿dónde está tu amo? Necesito verlo ahora mismo.

TEOD. No está.

SEV. Es mentira.

TEOD. (Aparte.) ¡Qué modales! (Alto.) Perdone el señor: cuando digo que no está, digo que no quiere ver á nadie.

SEV. Pues yo quiero verlo, avísale en seguida.

TEOD. El señor comprenderá que no puedo desobedecer las órdenes de mi amo.

SEV. Lo avisaré yo. (Dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda.)

TEOD. (Poniéndose delante de la puerta para impedirle el páso.) Repare el señor...

SEV. (Separándole bruscamente.) ¿Quiere usted quitarse de en medio?

TEOD. Ea, pues haga el señor lo que le parezca. (Vase por el foro.)

ESCENA X

DON SEVERIANO, después DON JUAN

SEV. (Levantando la cortina de la puerta de la izquierda.) Juan, tengo que hablarte; ven. (Baja al proscenio.)

JUAN ¿Qué te ocurre?

SEV. Que Manuel... mi hijo, está preso.

JUAN ¡Manuel preso! ¿Pues qué ha sucedido?

SEV. Ya verás; Manuel tenía hoy concertado un duelo con Felipe Rey.

JUAN. Adelante.

SEV. Esta mañana debían batirse no sé dónde. Traté de impedirlo, pero no pude. Yo, ya que no podía evitar el encuentro, formé el propósito de presenciarle para hallarme cerca de Manuel, en caso de que le sucediera alguna desgracia.

JUAN ¿Y qué?

SEV. Mi hijo, al salir de casa, ha sido preso de orden del Gobernador

JUAN Ya; entonces tranquilízate; eso no tiene importancia.

SEV. ¿No? No la tendrá para tí; para mí sí la tiene, que mi hijo esté en la cárcel entre malhechores.

JUAN Te repito que no te alarmes; tu hijo no está preso en la cárcel, sino detenido en el Gobierno civil.

SEV. Y aunque así sea, ¿qué razón hay?...

JUAN Iba á batirse; la autoridad lo supo, y estaba obligada á impedirlo. También habrán detenido al otro... el Gobernador los amonestará y los tendrá allí hasta que renuncien á batirse.

SEV. (Se enjuga el sudor de la frente, quedándose más tranquilo.) ¡Gracias, Juan!

JUAN ¡Soy padre; comprendo tu zozobra, y sean cuales fueren los disgustos que de ayer á hoy hayan mediado entre nosotros, es claro que puedes contar conmigo para todo.

SEV. Lo sabía; por eso he venido.

JUAN ¿Quieres algo?

SEV. Sí; ver á mi hijo, llevármelo á casa.

JUAN Bueno, pues toma mi coche, que espera abajo; ve al Gobierno civil con esta tarjeta. (Saca una tarjeta, en la cual escribe algunas palabras con lápiz y se la da.); el Gobernador, que es muy mi amigo, te entregará el preso.

SEV. Voy.

JUAN (Se dirige hacia la puerta de la izquierda, pero antes de llegar, vuelve atrás acercándose á Severiano.) Aunque, deja... me parece mejor otra cosa: espérame un momento aquí; hablaré por teléfono con el Gobernador, y él nos enterará de todo. Vuelvo en seguida. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XI

DON SEVERIANO y CONCHA

(Severiano da algunos pasos por la habitación.)

CON. (Saliendo por la derecha.) ¡Tío!

SEV. Buenos días, Concha. (Sigue paseando.)

CON. ¿Está usted enojado conmigo?

SEV. ¿Enojado contigo? No, hija mía, ¿por qué había de estarlo?

CON. (Ruborizándose.) ¿Y Manuel?

SEV. ¡Pobre Manuel!... Creo que esté bueno.

CON. Supongo que no dejará de quererme por lo que papá... Dígale usted que yo no he tenido la culpa... que sigo queriéndole, que...

SEV. (Interrumpiéndola.) Pero, niña, ¿te parece bien que me encargue yo de llevar á mi hijo recados de la novia?

CON. ¿Qué se yo?... Como usted ha sido tan bueno conmigo, y quiere tanto á Manuel, me pareció que no tendría dificultad en decirle... y si usted no se lo dice, ¿quién va á decírselo? A Luisa, mi aya, la despidieron.

SEV. Muy bien despedida.

CON Y sin eso, todos dicen que el vernos en su casa no estaba bien.

SEV. No, pobre niña, no lo estaba.

CON. Sí, lo comprendo... pero ya ve usted, eso no está bien, y darle á usted un recado está mal, y... ¿qué es lo que puedo hacer? ¡Todo es malo! Esto desespera. Yo tengo empeño, muchísimo empeño en que Manuel sepa que no le olvido, que he de quererle siempre, que necesito que él me quiera... pero, ¿cómo decírselo?... (Pausa.) ¿Le parece á usted que se lo escriba?

SEV. (Sonriéndose.) ¿Y con quién vas á enviarle la carta?

CON. Pues esa es la dificultad... ¡Porque usted no va á querer llevársela! Lo estoy viendo.

SEV. Y ves perfectamente; yo no puedo mezclarme para nada en vuestros asuntos.

CON. (En son de queja cariñosa.) Eso es... eso es; yo no hago esto, yo no digo lo otro... y entre tanto mucho: «pobre niña» y «querida hija mía;» y la pobre niña y la querida hija se morirá de pena... ¡vaya si se morirá! Hoy mismo ya me ha faltado muy poco... (Cambio de tono.) Y no crea usted, papá es bueno, muy bueno; me quiere mucho, y cuando yo le diga que si me separan de Manuel voy á morirme... (Pausa.) no hará caso porque no me creerá al pronto; pero después, cuando él vea que me voy muriendo, consentirá... sólo que entonces puede que ya sea tarde; porque entre todos ustedes me están atormentando de una manera...

SEV. ¡Hija de mi alma, no digas que yo te atormento. ¿Qué culpa tengo yo de lo que os sucede?

CON. ¡Si ya sé que usted es muy bueno; bien me decía siempre Manuel: mi padre es el hombre mejor del mundo; así que te vea se prendará de tí, porque eres muy buena y eres muy hermosa (esto me lo decía, por decir, es claro; pero, vamos, me lo decía); pues si yo le quiero á usted hace ya mucho tiempo; casi tanto como hace que conozco á Manuel. Nunca hablábamos más que de usted.

SEV. (Sonriéndose.) ¡Vamos, ya hablaríais de alguna otra cosa!

CON. Sí; alguna vez, pero de usted más... (Cambio de tono.) De manera, que va usted á decir á papá que Manuel y yo nos queremos mucho.

SEV. Ya se lo he dicho.

CON. Bueno, vuelve usted á decírselo. Esas cosas, aunque se repitan, nunca están demás.

SEV. (Con resolución.) No te canses más, hija mía, será inútil. Yo no puedo permitir que llamen á mi hijo pescador de dotes. Si os queréis, nada os cuesta esperar á que él haya adquirido una fortuna.

CON. Bueno; eso, sí; esperaremos lo que sea necesario; aunque sean tres ó cuatro meses.

SEV. (Riéndose.) ¡Já, já! ¿Crees tú que en ese tiempo se puede hacer una fortuna?

CON. Pues si no la hace, nos pasaremos sin ella; ¿para qué la necesitamos nosotros?

SEV. (Encogiéndose de hombros irónicamente.) ¡Para nada!

CON. Y además, Manuel tiene su carrera; ha ganado una cátedra; puede visitar; con esto basta.

SEV. Eso no sería bastante para tí, Concha.

CON. ¿Que no? Pero, tío; ¿quién se figura usted que soy yo?.... Puedo vivir como viven otras, y...

ESCENA XII

DICHOS, y DON JUAN

JUAN ¡Severiano!

SEV. (Con ansiedad.) ¿Qué ocurre? (Agitado.)

JUAN Que tu hijo no está ya en el gobierno civil.

SEV. (Muy alarmado.) ¿No? ¿Pues dónde está?

JUAN No lo sé. (A Concha.) Déjanos solos, niña.

CON. ¡Papá!

JUAN (Con violencia.) ¡Que nos dejes solos he dicho!

CON. Ya me voy. (¡Vírgen santa! ¿Qué sucede ahora?) (Vase por la derecha.)

ESCENA XIII

DON JUAN y DON SEVERIANO

JUAN (Acercándose á don Severiano que le mira trémulo.) Ten ánimos. Eso no será nada.

SEV. No me faltan ánimos, pero era necesario saber... ¿Qué te ha dicho el gobernador?

JUAN Que exigió á los dos jóvenes palabra de honor de no batirse.

SEV. ¿Y qué?

JUAN Que se la dieron.

SEV. ¿Y luego?

JUAN Luego los dejó en libertad.

SEV. ¡Qué torpeza!.. Y en seguida habrán ido á matarse. Pero ese gobernador, ¿no sabe que

esas palabras nunca se cumplen? (Con ansiedad.) ¿Y qué hacer ahora? ¿A dónde ir? ¿A quién preguntar?

JUAN El gobernador ha enviado varios agentes para averiguar lo que ocurra, y nos avisará el resultado.

SEV. ¿Y entre tanto? Esta inquietud me mata. (Pausa.)

JUAN (Después de pensar un rato.) Acaso Leonor... la madre de Felipe...

SEV. Sí, esa señora sabrá algo; voy á... (Se dirige al foro.)

JUAN ¿A dónde?

SEV. A su casa.

JUAN ¿Estás loco? Tú, el padre de Manuel, no puedes ir en estos momentos á esa casa... Si hubiese ocurrido una desgracia á Felipe...

SEV. Tienes razón. (Muy abatido.) No sé lo que hago ni lo que pienso.

JUAN (Después de pensarlo un rato y como adoptando de pronto una resolución.) Yo iré.

SEV. (Conmovido.) Sí, vé tú; Dios sabe cuánto te lo agradezco. (Le estrecha la mano con expresión.)

JUAN Espérame. (Vase por la izqnierda.)

ESCENA XIV

SEVERIANO, solo

(Da algunos paseos por la habitación mostrando claramente su excitación nerviosa; se sienta después, consulta el reloj, vuelve á levantarse y vuelve á sentarse; la manifestación del estado de su ánimo se confía á la inteligencia del actor.) ¡Qué horrible ansiedad! ¡No saber nada! ¡No poder nada! Acaso en estos momentos mi hijo allí... y yo lejos de él... reducido á la inacción. ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Apoya la frente en las manos. Rato de silencio.)

MAN. (Dentro.) ¿Dónde está? ¿Dónde está?

SEV. (Levantándose bruscamente.) ¡Eh! ¿Es su voz? (Se lanza hacia la puerta del foro.)

ESCENA XV

DON SEVERIANO y MANUEL

MAN. ¡Padre!

SEV. ¡Hijo! (Se abrazan estrechamente y permanecen abrazados un rato.)

MAN. ¡Querido padre!

SEV. (Separándose de él para mirarlo y tocándolo en los brazos y en el pecho.) ¿Estás herido?

MAN. No.

SEV. (Respirando con fuerza.) ¡Buen susto me has dado! En fin, ya pasó. ¿Venías á buscarme?

MAN. Sí; me dijeron en casa que había usted venido, y comprendiendo su sobresalto quise...

SEV. Bien hecho; muy bien hecho. (Le abraza otra vez.) Porque, mira, te juro que no podía más. (Se enjuga las lágrimas. Cambio de tono.) ¡Ea! ya hemos pensado bastante en nosotros; pensemos ahora en los demás. ¿Se verificó el lance?

MAN. Sí.

SEV. ¿Y qué ha resultado?

MAN. Mi adversario ha recibido un rasguño insignificante; mañana estará completamente bien.

SEV. ¡Gracias á Dios! lo celebro con toda mi alma por esa pobre madre; la buena señora es muy impertinente, eso sí; pero también querrá á su hijo, vaya si lo querrá... á su manera. Entonces nada tenemos que hacer aquí ya. Vámonos... (Al ir hacia la puerta se detiene como pensándolo mejor.) No, yo no puedo dejar así esta casa. Mi hermano ha procedido cariñosamente; es justo que...

MAN. (Interrumpiendo.) Que nos despidamos...

SEV. (Entre serio y risueño.) Yo me despediré por los dos.

MAN. Pero...

SEV. (Enérgico aunque triste.) Sé que exijo de tí un sacrificio; creéme, es necesario que lo ha-

gas: tú has venido aquí única, exclusivamente, á calmar la inquietud de tu padre—¡que te lo pague Dios como yo te lo he agradecido!—pero, entiéndelo bien, no has debido venir á otra cosa; realizado ese propósito, mi hijo no puede permanecer un instante más en esta casa, en la que los padres de Concha no quieren recibirle. Vete.

MAN. Obedezco; pero no quiero engañar á usted, esta obediencia no significa que ni Concha ni yo renunciemos...

SEV. Ese es asunto vuestro. Tú sabrás si vuestra situación ha variado de ayer á hoy, y si hoy no pensarán ya de tí lo que ayer pensaban.

MAN. (Afligido.) ¡Padre!

SEV. No más; esta conversación me mortifica tanto como á tí; acaso más que á tí. Déjame.

MAN. Hasta luego, padre.

SEV. Vé con Dios.

ESCENA XVI

DICHOS, DOÑA GERTRUDIS y CONCHA

CON. ¡Manuel!

GERT. ¿A dónde vas tan afligido? (Sonriéndose.)

MAN. (Saludando.) ¡Concha! ¡Querida tía! Voy á...

SEV. A casa; yo espero á mi hermano para darle las gracias...

GERT. ¿Por qué?

SEV. Porque (Vacilando.) porque sí; es largo de explicar y tengo pocas ganas de hablar ahora. Dejad á Manuel que se vaya.

GERT. Pero, ¿por qué ha de abandonarnos?

SEV. No quiero que mi hermano lo encuentre aquí.

GERT. Pues yo sí quiero que lo encuentre. (Aparte á don Severiano.) Es necesario que usted me ayude á convencer á Juan.

SEV. ¿Yo? Imposible, señora, imposible; sería menester que antes me convencieran á mí. Para eso no cuente usted conmigo.

GERT. (Aparte á don Severiano.) Pero ¿no ve usted que ellos se quieren?

SEV. (Encogiéndose de hombros.) Que se quieran y que buen provecho les haga... (Continúan hablando en voz baja.)

CON. (Aparte á Manuel.) Estoy temblando.

MAN. (Sonriendo.) ¿Y por qué? si ves que nada malo me pasa.

CON. ¡Gracias á Dios! Pero tiemblo pensando en lo que podía haber sucedido... ¡Y yo sin saber nada!

MAN. (Estrechando la mano de Concha.) ¡Qué buena eres!

ESCENA XV

DICHOS Y DON JUAN

(Al entrar, los cuatro interlocutores que están en escena hacen un movimiento de sorpresa; él se manifiesta irritado.)

JUAN ¡Manuel aquí!

SEV. Ha venido en busca mía para tranquilizarme. Se retiraba ya...

GERT. Y yo le he obligado á detenerse.

JUAN (Violentamente.) Has hecho mal.

GERT. ¿Por qué?

JUAN Porque ahora, menos que nunca, puede penetrar Manuel en esta casa.

SEV. Ni él, ni yo volveremos... Quería darte las gracias...

JUAN (Secamente.) Nada tienes que agradecerme; hice lo que debía. He visto á Leonor; en su casa he sabido... lo que ya no necesito decirte. (Dirigiéndose á doña Gertrudis.) Y he sabido además...

GERT. ¿Qué?

SEV. (Se acerca á Manuel.) Vamos.

JUAN Que á estas horas la fama de tu hija anda en lenguas por todo Madrid; que Luisa, esa miserable á quien has arrojado de casa, va por todas partes calumniando á Concha; que de lo sucedido ayer y del duelo de esta mañana se ha apoderado la maledicencia y

que dentro de poco seremos el ludibrio de la corte.

GERT. ¡Pero eso es una infamia! ¡Pobre hija!

SEV. (Que al dirigirse á la puerta del foro se ha detenido para oir á don Juan; le escucha atentamente y se dirige á él cuando concluye.) Dios sabe que estaba yo firmemente resuelto á no insistir en mi pretensión; ahora vuelvo á pedirte para Manuel la mano de tu hija.

MAN. (Aparte á don Severiano.) ¡Oh! Gracias. (Todos miran con ansiedad á don Juan esperando su cantestación.)

JUAN Y yo vuelvo á negártela.

SEV. (Con asombro grande.) ¿Que me la niegas?

JUAN (Con decisión.) Sí.

CON. (Muy afligida.) ¡Dios mío! (Doña Gertrudis se acerca á consolarla.)

SEV. Pero ¿qué clase de hombre eres? ¿Qué variación has sufrido en estos veinte años? Mira. (Mostrándole el grupo de doña Gestrudis y Concha llorosas.) Esa tenacidad inexplicable es la desgracia de los tuyos. No hablo de mí, no hablo de mi hijo. ¿Qué podemos importarte nosotros? Pero ¿y Concha? ¿Y tu hija? (Con amargura.) Aquel cariñoso compañero de mi infancia... aquel hermano de otros tiempos á quien tanto quise y que me quería tanto, nunca pudo ver lágrimas sin que se apresurase á enjugarlas... tú no eres aquél.

JUAN Basta, Severiano; ciertas cosas no son para sentidas, son para pensadas; ese matrimonio no haría sino dar la razón á los maldicientes, corroborar la calumnia.

SEV. (Con ira.) Fútil pretexto con el que tratas de disfrazar tu avaricia.

JUAN (Muy enojado.) ¿Mi avaricia? ¿Y eres tú, tú quien me dice eso?

SEV. Yo.

JUAN Tú, que poseyendo una fortuna...

SEV. (Interrumpiendo.) Te he dicho ya que no la tengo. (Juan se sonríe irónicamente.) ¿Lo dudas?

JUAN No lo dudo; lo niego.

SEV. (Violentamente.) Misera... (Dominándose y con serenidad.) No haces bien en dudar de la palabra

de tu hermano, que no ha mentido nunca. Te he dicho la verdad, en esto, como en todo; ahora, como siempre. (Rato de pausa.) Es inútil ya proseguir una discusión odiosa para ambos. Te agradezco de veras el interés que me has manifestado hace poco. Adiós. (Se dirige á doña Gertrudis y á Concha, de quienes se despide estrechándoles las manos muy conmovido.)

MAN. Adiós, Concha; te quiero más que nunca... espera.

CON. (Dándole la mano.) Esperaré. (Esconde el rostro en el hombro de su madre, que la enjuga las lágrimas.)

SEV. (Que va con lentitud hacia la puerta del foro como si se alejase contra su voluntad, se detiene un momento, se muestra vacilante, por último retrocede y se acerca á don Juan que se ha quedado pensativo.) Y sin embargo, Juan, no es así como debíamos separarnos, acaso para siempre. (Con tristeza.) Si, como es posible, si como es probable, fuese esta la última vez que nos viésemos, ¡qué amargo recuerdo el de esta despedida!... ¡Oh! No; tú y yo no debemos, no podemos despedirnos con palabras de ira en los labios, con sentimientos de odio en el corazón; haciéndolo así mentiríamos, porque nos hemos querido siempre... y además .. además seríamos perjuros. (Entonación cariñosa.) ¿Lo has olvidado ya? No, no; tú lo recuerdas aún lo mismo que yo lo recuerdo... á pasar de que han transcurrido muchos años... muchos. ¡Va tan deprisa el tiempo!... Fué en aquellos días alegres de nuestra infancia, que tan melancólicamente son evocados en la vejez; cuando eran para nosotros más hermosas las flores, y el sol más brillante, y más azul el cielo. Jugábamos los dos en aquella sala espaciosa de nuestro caserón de la aldea... á uno de esos juegos infantiles que se reducen á correr hasta rendirse y á reir siempre. No sé cómo rompí un objeto artístico de gran valor y que nuestro padre tenía en mucho aprecio... el temor al castigo me hizo llorar, tú me prometiste declararte culpable.

JUAN Ofrecimiento que no aceptaste.

SEV. (Medio serio y medio risueño.) No, no lo acepté, ¿cómo había de aceptarlo? (Pausa.) Pero tú, que ya entonces eras muy terco, estuviste á punto de realizar tu propósito, confesando una falta que no habías cometido. Negué yo diciendo la verdad; tú insististe... y entonces nuestro padre, conmovido ante las muestras de cariño que nos profesábamos, nos sentó sobre sus rodillas, y con su voz tranquila y grave, que sabía hallar siempre el camino del corazón, nos dijo: «Sois muy buenos hermanos; seguid siéndolo; quereos siempre mucho, y prometedme ahora que si alguna vez, en las inciertas vicisitudes de la vida, surge entre vosotros un disgusto, no os separéis nunca sin que los labios del más ofendido hayan pronunciado la palabra perdón y sin que os abracéis estrechamente recordando este momento en que vuestro padre os bendice.» (Pausa.) Se lo prometimos llorando, y aquel anciano, enérgico, tan rudo para el trabajo, tan valeroso contra la adversidad, besó nuestras frentes y las humedeció con su llanto. (Otra pausa.) Ahora, cuando me disponía á salir de aquí, me ha parecido que entre nosotros se encuentra aquel viejo venerable, y que también nos contempla y llora. (Cambio de tono.) Juan, hermano mío, cumplamos lo que le prometimos y que nuestra despedida sea un abrazo.

JUAN (Conmovido.) ¡Severiano! (Se abrazan tiernamente.)

SEV. (Enjugándose las lágrimas, después de separarse de don Juan.) Ahora me voy tranquilo. Solamente deseo que no dudes de mi cariño y (Sonriendo.) que dés crédito á mis palabras... Soy pobre, querido Juan, muy pobre. Y hasta las esperanzas, muy remotas por cierto, que podría yo tener de recobrar mi fortuna, las has desvanecido tú.

JUAN (Asombrado.) ¿Yo?

SEV. Sí; ayer... anunciándome la muerte de Manuel Espí.

JUAN (Sorprendido.) Pero, ¿qué? ese... Espí... era...

SEV. El abuelo de Manuel.

JUAN (Manifestándose más conmovido.) ¡Oh! ¿Has oído, Gertrudis? este... mi hermano, es el bienhechor de Espí.

GERT. ¿Aquél salvador generoso, cuyo nombre nunca nos dijo, pero de quien hablaba siempre con entusiasmo?

JUAN Sí; el noble protector del anciano...

SEV. (Tapándose lós oídos.) Ese, ese, ese: ¿queréis hacerme el favor de no marearme?

CON. ¡Tío! (Queriendo besarle la mano.)

MAN. ¡Padre!

JUAN (Con cariño.) Perdóname.

SEV. Corriente; y... perdóname tú también. Los dos necesitamos ser perdonados... Hemos dejado que las lenguas se vayan un poco á paseo; pero, seguimos queriéndonos siempre. ¿Verdad?

JUAN ¡Oh! sí; y ahora soy yo quien solicita que nuestros hijos se casen.

GERT. Y yo...

SEV. ¿Pues, y yo...? yo estoy deseándolo desde que he conocido á Concha; esta hechicerilla me ha embrujado. (Muestras de regocijo en todos; Concha abraza á su madre, Manuel estrecha la mano de don Juan, que tiene cogida la de don Severiano; todos están muy conmovidos.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y TEODORO

TEOD. Excelentísimo señor: de la Presidencia del Consejo llaman á vuecencia al teléfono. (De pronto.)

JUAN ¡Es verdad! Me había olvidado del Consejo. (A Teodoro.) Que voy en seguida. ¡Me cuesta un trabajo dejarlo!

SEV. (Sonriéndose y dandole una palmada en el hombro.) Sí, hombre, sí; vete al Consejo; allí está tu sitio y no debes hacerte esperar. Los asuntos de la familia corren por nuestra cuenta; y

entre esta (Señalando á doña Gertrudis.) y yo los arreglaremos mejor que tú los arreglarías... (Aparte á él.) Ya ves cómo, digas tú lo que quieras, es preciso optar entre *La puente y el vado.*

FIN DE LA COMEDIA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7, de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.